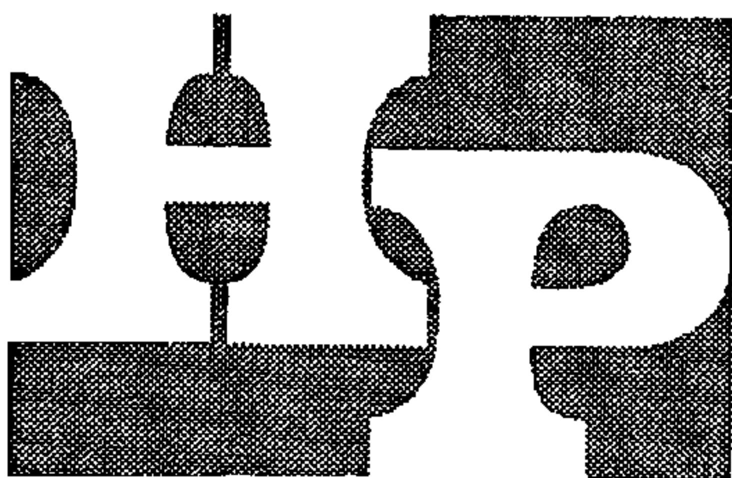


Silver Kane

HIMNO SALVAJE





Héroes de la PRADERA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319. — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.383. — Di adiós al cadáver.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
769. — Negro funeral.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
373. — Batalla de pistoleros.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:
80. — Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OESTE:
843. — «Murder».



Silver Kane

HIMNO SALVAJE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 375
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 223 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: marzo, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

JORNADA DE SANGRE

Fue la noche del 23 de agosto, cuando Lorena Gladis debutó en el saloon de Víctor Ferguson.

Se había hablado mucho de aquel acontecimiento, se habían hecho comentarios de todas clases, pero los habitantes de Abilene estaban lejos de suponer que aquella noche sería memorable, por lo sangrienta, en los anales de la ciudad.

El saloon de Víctor Ferguson era el mejor y el más concurrido. Había en él una barra de caoba que costó en su tiempo una montaña de dólares. Había bebidas de todas clases. Chicas rubias, morenas, pelirrojas. Según las malas lenguas también había alguna que era calva. Pero resultaba proverbial en Abilene la frase de que si uno quería ver mujeres guapas y alegres tenía que dirigirse al saloon de Víctor Ferguson.

Naturalmente, las mujeres que trabajaban allí no eran precisamente las más respetables de la ciudad.

Y por eso causó tanto asombro el que Lorena Gladis accediera a trabajar en un sitio semejante.

Lorena Gladis tenía sólo veinticinco años. Esto era poco, porque la mayoría que llegaban solas para afincarse en Abilene habían pasado ya largamente de los treinta y tenían una intensa experiencia adquirida en otras ciudades del Sudoeste y el Oeste Central.

Nadie sabía exactamente cómo Lorena pudo llegar allí. Desde luego vino sola, a principios de año, y manifestó su deseo de abrir en la ciudad una escuela de baile. Decir una escuela de baile en

Abilene en 1870, era como hablarle de rosas perfumadas a un pistolero rabioso. Al parecer nadie tenía allí interés en aprender a bailar, y mucho menos las danzas clásicas y elegantes que se había propuesto enseñar la enigmática señorita Gladis. Lo que hacía falta en Abilene eran unas buenas piernas, mucho descaro, mucho movimiento y no asustarse de los aullidos del público. Hablar allí de otra cosa era una necedad.

Y, sin embargo, Lorena Gladis abrió su academia de baile.

Estaba en una casa de las afueras, y a ella comenzaron a acudir las hijas de las pocas familias adineradas que residían en la población, es decir, las que no eran hijas de cuatreros ni buscadores de minas. Lorena enseñaba danza, gimnasia, declamación y música. Se decía en Abilene que era capaz de transformar a cualquier palurda en una señorita. De hecho, Lorena Gladis era la única auténtica señorita que había en la ciudad.

Los pistoleros, al verla, se quedaban con la boca abierta.

Era alta, espléndidamente formada, y con una armonía en sus proporciones que hubiera envidiado cualquier otra mujer. Tenía el caminar ligero, ágil, elegante, de una gacela. Parecía como si al caminar estuviese ensayando un nuevo y discreto paso de baile. Bajo su vestido se acusaban formas que hacían relampaguear las miradas de los hombres. Al hablar éstos de una presa codiciada, siempre se referían a Lorena Gladis.

Pero, aunque eran muchos los que estaban enamorados de ella, y aunque allí el amor significaba la violencia y el rapto, nadie la había molestado aún.

Por uno de esos fenómenos que a veces se dan, los hombres de Abilene se preocupaban, más que de seguirla, de evitar que la siguiesen los otros. Era como si Lorena tuviese docenas y docenas de guardianes. Había corrido ya la sangre. Había llegado la muerte por su causa, pero ella nunca lo supo. Los hombres se mataban por ella a su espalda, en silencio, como lobos hambrientos que se diesen zarpazos por la noche.

Nadie había visto las piernas de Lorena Gladis. Nadie sabía si realmente eran tan hermosas como los relieves del vestido parecían indicar. Y por eso aquella noche, ante el anuncio de que iba a bailar en público —y ya se sabía que bailar significaba enseñar alguna cosa—, el saloon de Víctor Ferguson se llenó de tal modo que

parecía como si el piso de madera fuese a hundirse.

Lo curioso de aquella situación era que cinco años antes Lorena Gladis había estado ya en la ciudad, pero de eso nadie se acordaba. Eran pocos los hombres que residían en Abilene tanto tiempo.

El *sheriff* Burton, con sus agentes estaba en el saloon cinco minutos antes de empezar la actuación de la muchacha.

—Vais a distribuiros bien —ordenó—. Me temo que esta noche va a haber jaleo en la ciudad. Llevad las armas dispuestas y acribillad al primero que se salga de la raya. Sobre todo, tened mucho cuidado con Miles. He sabido que pretende raptar a Lorena.

El *sheriff* tenía dos agentes tan sólo, pero los dos eran decididos y buenos tiradores. Burton mismo no tenía miedo a nada ni a nadie. Se apoyó en la barra tranquilamente, dispuesto a vigilar mientras se desarrollaba el espectáculo, las manos cerca de sus revólveres. Como por casualidad fue el mismo Miles quien se le acercó.

—¿Ha ordenado vigilarme, *sheriff*? Observo que sus dos gorilas no me quitan ojo de encima.

—Sí, Miles, he ordenado que estuvieran sobre aviso. Ha ido usted pregonando por ahí que esta noche raptaría a Lorena Gladis.

—Eso pueden ser habladurías.

—Mejor, ¿no cree?

Miles se acarició el fino bigote. Era un hombre joven, fuerte, con fama de excelente tirador. Los hombres le temían, pero las mujeres aún más. Preguntó al *sheriff* con acento interesado:

—¿Por qué cree que Lorena habrá accedido a bailar aquí? Hasta ahora se había comportado como una auténtica señorita…

—No lo sé exactamente. Creo que piensa abrir una escuela, una auténtica escuela donde no sólo se enseñe baile, sino muchas cosas más. Pidió un crédito y no ha podido pagarlo. Entonces el rata de Ferguson le ofreció una montaña de dólares a cambio de una sola actuación. Fíjese en que la cerveza vale hoy cuatro veces más que los otros días. Ese granuja hará un buen negocio, pero Lorena no debe estar pasando demasiado buen rato, supongo.

—De modo que eso es lo que se dice por ahí…

—Sí, Miles, y hará usted bien portándose con la debida calma.

—Bueno, lo procuraré. Pero le advierto, *sheriff*, que soy capaz de matar a Víctor Ferguson. No me gusta que se juegue con la mujer de la que estoy enamorado.

—¿Usted solo? —rió Burton—. Fíjese. Esta noche tiene una nutrida competencia…

En efecto, docenas de ojos estaban pendientes de los menores movimientos de los cortinajes del escenario, tras los que había de aparecer Lorena Gladis. Y cuando éstos se levantaron, hubo un verdadero rugido, una auténtica conmoción.

Lorena Gladis empezaba a actuar.

Iba vestida con zapatos de alto tacón, medias negras, un vestidito corto y un pequeño sombrero colocado pícaramente. Sus manos manejaban una sombrilla. Era la típica estampa de una bailarina fina, incitante, digna del mejor escenario de París.

Los hombres que vivían en Abilene no estaban acostumbrados a ver mujeres de esa categoría. Los alaridos se sucedieron, hasta llegar a hacerse atronadores, cuando Lorena se puso a bailar. Los puños entrechocaron, los pies empezaron a golpear las mesas, las gargantas de los hombres rugieron como las de las fieras hambrientas.

Y las frases iban subiendo de tono:

—¡Baja, nena! ¡Tengo un recado para ti!

—¡Muévete un poco más! ¡Soy corto de vista!

—¡Te compro ese vestido por diez mil dólares!

Miles estaba pálido, y a punto de sacar los revólveres para hacer callar a los más vociferantes. El *sheriff* Burton hizo una seña a sus agentes y éstos arrojaron del local, propinándole brutales patadas, a un sujeto que ya se disponía a subir al escenario. Pero el *sheriff* adivinó que pronto el desorden más espantoso cundiría en el local, y que las pasiones desatadas, como una marea a la que no se puede detener, acabarían ahogándolos a todos.

Un tipo llamado Gordon se puso en pie. Era famoso por su musculatura y por la habilidad con que manejaba el cuchillo. Bamboleándose, empezó a avanzar hacia el escenario. Los dos agentes del *sheriff* estaban fuera, «arreglando» aún al que acababan de expulsar. Burton sacó su revólver.

—¡Quieto, Gordon!

Pero Miles tenía menos paciencia. Miles disparó sin avisar. Hizo fuego tres veces sobre la cabeza de Gordon, rabiosamente, y cuando éste cayó a tierra aún acabó de vaciarle el cilindro entero en el pecho.

Se hizo en el local un espantoso silencio. Lorena había quedado quieta sobre el escenario, muda de horror. Dos de los amigos de Gordon arquearon los brazos, retrocediendo hacia el fondo de la sala.

—Pagarás esto, Miles. Nosotros haremos que tu sangre corra como la de Gordon.

—¿Ah, sí? Intentadlo.

—¡Quietos! —ordenó el *sheriff*—. ¡Quietos o…!

No llegó a terminar. En aquel instante dos disparos partieron de los batientes de la entrada. Los dos hombres que se enfrentaban a Miles cayeron lanzando un doble aullido de horror, con la frente atravesada por dos matemáticos balazos.

El *sheriff* creyó que habían sido sus dos agentes.

Pero se equivocaba.

Sus dos agentes ya estaban muertos, apuñalados en silencio, en la misma entrada. Sus cuerpos se hallaban exánimes entre las piernas del grupo de individuos que acababa de entrar en el saloon. Un grupo compuesto por cerca de ocho hombres.

Todos vestían blusas adornadas, sombreros blancos y hermosas botas de cuero labrado. Vestían como auténticos tejanos en un día de «rodeo». Pero de entre estos seis hombres destacaba poderosamente uno solo.

Éste debía tener alrededor de treinta años. Era alto, de hombros cuadrados, pero amplios, y ojos de un raro color verde. Eran unos ojos tan hermosos que casi parecían de mujer. Pero la virilidad terrible, violenta, casi salvaje, que se acusaba en todos los rasgos de aquel hombre, borraba la belleza que pudiera haber en aquellos ojos.

Él era el que había hecho los dos disparos. Los revólveres aún humeaban en sus manos.

—Gracias —dijo Miles cortando con su voz el helado silencio que acababa de producirse—. Creo que me ha salvado usted la vida. Esos dos hombres tiraban bien.

—¿De veras? —preguntó el recién venido, con una expresión desdeñosa.

—Al menos tenían esa fama. Pero ¿por qué los ha matado?

—Porque su presa, es decir, usted, quería cazarla yo.

Miles palideció un poco. El *sheriff*, cuyos dientes habían

castañeteado de rabia durante un momento, dijo entonces:

—Conozco a este tipo, Miles. Más valdrá que no le conteste usted. Él se llama Flanagan, y su cuadrilla está formada por pistoleros de la peor especie. Creo que la ley se ha terminado en Abilene, mientras estén ellos aquí.

—¿Por qué quiere matarme? —tartamudeó Miles—. ¿Qué le he hecho yo?

—A usted le gusta esa chica.

Los ojos de los hombres fueron instintivamente hacia el escenario, en cuyo centro, quieta, aterrorizada, estaba Lorena Gladis.

—Sí, ¿y qué? —preguntó Miles.

—Esa chica es mía.

—Ridículo. No la conoce; ni siquiera sabe cómo se llama. Usted y sus hombres acaban de llegar.

—Aunque eso fuera cierto —dijo Flanagan con voz calmosa y burlona arrastrando las palabras—, bastaría mirarla para saber que tiene que ser mi chica. Yo nunca dejo escapar una belleza así. Pero es que, además, la conozco; la conozco desde hace cinco años.

—¿Qué tiene usted que decir a esto, Lorena? —preguntó el *sheriff*, tratando de evitar el inminente desafío—. ¿Conoce de verdad a este hombre?

—No se enfrente a él… —susurró la muchacha con un hilo de voz.

—¿Que no? —Silbó Miles—. Tendrás que aprender a conocerme, Lorena. ¿Crees que les tengo miedo…?

No llegó a terminar la palabra. Cuando pronunció la última «o» estaba ya muerto. Flanagan, que tenía los revólveres en las manos, había disparado, sin ningún escrúpulo, atravesándole el corazón. Uno de sus hombres lo remató cuando caía.

—Esto es un asesinato Flanagan —barbotó el *sheriff*—. Y tendrá usted que responder de él.

—¿Ah, sí? ¿Quién me obligará?

—Yo.

El *sheriff* había sacado ya un revólver. Sabía con qué clase de tipos se estaba enfrentando, Pero Flanagan, con un suave movimiento de muñeca, desvió su «Colt» derecho e hizo fuego contra la mano del *sheriff*, atravesándosela. Burton lanzó una

maldición. Vio avanzar hacia él a Flanagan, con una sonrisa despótica en los labios. Quiso retroceder y ya no pudo. Flanagan lo asesinó con dos disparos a la cabeza.

—¿Alguien más? —dijo, trazando un movimiento circular con sus revólveres.

Nadie se movió. Le apoyaban siete hombres más, y aparte de esto había demostrado ser un tirador prodigioso. Una sonrisa cuadrada distendió entonces los labios del hombre, mientras miraba al escenario, donde aún se encontraba, llena de horror, Lorena Gladis.

—Ven, muchacha —dijo—. Vuelve junto a tu cariñoso Flanagan.

Y lo más triste de todo fue que la muchacha acudió. En vez de intentar huir, bajó poco a poco del escenario, caminando hacia el pistolero.

«Es mi destino —le oyó decir en voz muy baja uno de los hombres—. No puedo luchar contra él…».

CAPÍTULO II

UNA CANCIÓN EN LA NOCHE

Los empleados de Víctor Ferguson retiraban los cadáveres. En el saloon se había hecho un silencio tan espantoso que incluso zumbaban los oídos. Aquel silencio era roto por el sonido de alguna silla al ser desplazada de sitio, o por el terrorífico siseo de las ropas de un cadáver al ser arrastrado por el suelo, hacia la salida. La estrella del *sheriff* Burton había caído sobre las tablas, y nadie se había preocupado de recogerla. Estaba manchada de sangre.

No hacía aún diez minutos que la tropa de pistoleros se había alejado en compañía de Lorena Gladis. Era seguro que continuaban en la ciudad, pues Abilene resultaba demasiado acogedora para que pensasen en reanudar el viaje de noche. Además, ahora eran los verdaderos dueños. Y al pensar en ello temblaban los párpados de las mujeres que había en el saloon y se ensombrecían los rostros de los hombres.

Víctor Ferguson fue el primero en reaccionar.

—¡Maldita sea mi perra suerte! —rugió—. ¡Tenía que haberme muerto antes que soportar una noche así! ¡Presentarse aquí un tipo como Flanagan!

—¿No dijeron que había sido ahorcado? —preguntó uno de sus ayudantes, el que estaba sacando el cuerpo del *sheriff*.

—Sobre Flanagan se han dicho muchas cosas. Un hombre me juró que estaba en Nevada, y otro que lo había visto en México. Pero lo cierto es que está aquí, y que sigue vivo. No quiero pensar en lo que le aguarda a la pobre Lorena Gladis.

Algunos hombres movieron taciturnos su cabeza. No, era mejor

no pensar en eso. Resultaba demasiado terrible imaginarlo. Y otra vez un silencio hosco, cruel, se hizo en el saloon.

Ese silencio fue roto por una canción.

Bueno, tal vez el nombre de la canción no sea el más adecuado para definir lo que oyeron los clientes del saloon. Sencillamente ocurría que alguien iba tarareando una música. Ese alguien, quien fuese, tenía una voz agradable, juvenil, y en cada una de sus notas había algo así como una pincelada de melancolía. Probablemente el mismo que la cantaba era su inventor.

Las notas se oyeron más cerca entre el silencio agobiante del saloon y entonces los batientes fueron empujados desde fuera por alguien que deseaba entrar.

Ese alguien era un joven.

«Demasiado joven», pensaron algunos. Tendría unos veintiún años. A esa edad dicen que el tipo atlético alcanza la plenitud de su vigor, y si eso es cierto él la había alcanzado. Sus hombros eran redondos, anchos, potentes. Su pecho destacaba cuadrado y firme bajo la camisa vaquera. Sus brazos poderosamente musculados asomaban bajo las mangas, que llevaba plegadas sobre el codo.

Una camisa vaquera y unos pantalones tejanos eran todo el indumento del recién venido. Usaba un cuchillo y un solo revólver.

Quedó como petrificado al advertir el silencio que había dentro del local.

—¿Qué ocurre? —musitó—. ¿Acaba de declararse una peste de ganado?

Nadie le contestó. De hecho, nadie le hizo demasiado caso. Una vez satisfecha la pequeña curiosidad que se originó a su entrada, los cerebros de todos los presentes volvieron a ocuparse en el recuerdo de lo sucedido. Un forastero más o menos no tenía importancia allí. Incluso el recién venido tuvo que servirse solo, de una de las botellas que había en la barra, porque ninguno de los mozos parecía dispuesto a ocuparse de él. Todos estaban como hundidos, como absortos.

—Abilene es una ciudad donde la gente no se asusta ya de nada —murmuró el joven—. Algo muy grande ha tenido que suceder aquí para que todos estéis de esta manera.

Casi nadie le miró. Sólo uno de los hombres dijo:

—Cállate, mocoso.

—Bien. A su salud.

El joven bebió un vaso entero. Luego paseó la mirada por su alrededor, deteniéndose en los rostros.

—¿Nadie tiene ganas de hablar? —murmuró.

—Harás bien en no preguntar nada. Esta noche ha muerto ya demasiada gente. Sería una lástima que te pusieses idiota y murieras tú también.

—No tengo el menor interés en ponerme idiota…, ni en morir —sonrió el joven. ¿Cuántos han caído?

—Por lo pronto el *sheriff* y sus hombres. En estos momentos no hay Ley en Abilene.

—No la ha habido nunca.

—Pero en este momento menos. De modo que, si no tienes algo muy importante que hacer aquí, lárgate, pingajo.

El recién venido no dio demasiada importancia a aquellas «cariñosas» expresiones.

—El *sheriff*, ¿era todavía Burton? —preguntó.

—Sí.

Se ensombrecieron sus facciones un poco. Todos vieron como sus ojos grises brillaban igual que un rayo en plomizo día de tormenta. Sus labios que hasta entonces habían sonreído, se doblaron en una mueca dura y seca.

—¿Quién lo ha matado?

—Flanagan y su cuadrilla.

—¿De modo que Flanagan está aquí?

El que había contestado hasta entonces a sus preguntas era un tipo de unos treinta años, ancho, fuerte y peludo como un oso. Perdió la paciencia.

—Ya estoy harto de tus preguntas, nene. Sí, Flanagan está aquí. Puede que te lo encuentres y te haga un nudo en el rabo. De modo que lárgate.

—En busca de Flanagan, naturalmente.

—¿Qué dices?

—¡Oh, nada! Somos viejos conocidos. Y me gustaría charlar un rato con él. Buenas noches, señores.

Depositó una moneda en el mostrador y se alejó tarareando la misma canción, pero ahora todos hubiesen jurado que lo hacía con un tono triste, como si fuese una especie de réquiem.

Flanagan alquiló todo un piso del Northern Hotel, que era el mejor de la ciudad. Verdaderamente, no necesitaba menos para él y sus hombres.

El encargado, con una sonrisa de inocencia, preguntó:

—¿La señorita tendrá una habitación separada?

—No. El sitio donde debe alojarse la señorita lo determinaré yo mismo.

El encargado dirigió una intensa mirada a Lorena Gladis. Él también, como casi todos los hombres de Abilene, había pensado más de una vez con admiración en la espléndida e inasequible profesora de baile. Ahora, al verla en compañía de Flanagan, sintió como un sordo e impotente dolor. Más aún al ver que los ojos de la mujer tenían una mirada extraviada, perdida.

Se encogió de hombros.

—Usted manda, señor.

Los cinco pistoleros subieron haciendo tintinear sus espuelas. Llevaban los revólveres bajos y los hacían oscilar con el movimiento de sus piernas. Lorena iba entre ellos, todavía con su vestido de baile. Cinco pares de ojos brillantes convergían en su figura.

En el primer piso había cinco habitaciones espaciosas.

—Distribuíos —ordenó Flanagan—. Tú, Lorena, entra ahí.

Le señalaba una habitación amplia, con ventanas a la calle, la mejor de todas. La muchacha dócilmente, obedeció. Él penetró inmediatamente, siguiéndola.

—Siéntate ahí.

Le indicaba una de las butacas. Lorena obedeció, cubriéndose parte de las piernas con los cortinajes de la ventana cercana.

—¿Qué hacías bailando en el saloon? Te has vuelto muy descarada, palomita. De verdad que no pareces la misma.

—Soy la misma.

—No. Eres mucho más guapa, más apetecible, más tentadora que entonces. En aquella época pensé que nunca más vería una mujer como tú. Ahora descubro en ti a una mujer nueva, mejor que aquélla. Cinco años te han hecho un gran bien.

—O un gran mal, Flanagan.

El pistolero encendió un cigarro corto y grueso, exhalando una primera bocanada de humo antes de mirar de nuevo a la muchacha.

—¿Cómo te has atrevido a volver a Abilene?

—¿Y por qué no había de atreverme? Hace ya varios meses que estoy aquí.

—¿No tenías miedo?

—No.

La reacción de Flanagan fue tan extraña como instantánea. Se acercó a la mujer y su mano derecha subió y bajó dos veces, golpeando brutalmente el rostro de Lorena.

—Creías que estaba muerto, ¿no? Te hubieses alegrado de ello…

—No. —La mujer parecía no haber sentido los golpes, continuaba fatalista, serena con la mirada perdida—. No, Flanagan la noticia de tu muerte no me habría causado ninguna alegría ni ningún dolor. La hubiera tomado como una noticia posible. Hay cosas que no pueden ser. Tú no puedes morir.

La frase dejó un poco perplejo a Flanagan, pero le gustó. Volvió a llevarse el cigarro a la boca y a exhalar una bocanada de humo.

—Todos podemos morir. ¿Por qué yo no?

—Porque contigo no pudieron un día los mejores pistoleros de Abilene. Porque cien veces han dado la noticia de tu muerte y cien veces ha resultado falsa. Porque eres como una fuerza brutal de la Naturaleza, como el rayo, al que no se le pregunta por qué existe, al que ni siquiera se puede odiar y ante el que no queda otro remedio que intentar protegerse. ¿De qué nos serviría odiar a un terremoto o a un volcán?

—Te has vuelto muy poetisa, nena —dijo Flanagan con cierta expresión de burla—. Pero no podrás convencerme de que a mí no me odias en este momento.

Lorena bajó los párpados.

—¿Para qué? No me serviría de nada.

Flanagan se acercó otra vez a ella, pero ahora no fue para golpearla. Sus brazos poderosos, semejantes a cables de acero, la levantaron de su asiento, la estrujaron como a un objeto que no tiene sentimientos ni vida y le echó la cabeza hacia atrás, tirando de sus cabellos, como si fuese a besarla. Lorena seguía quieta, con los ojos cerrados, la expresión impasible, igual que si no sintiera nada. Por un momento, Flanagan tuvo la sensación de que iba a besar a una muerta. Hizo:

—¡Bah!

Y arrojó despreciativamente a Lorena sobre la alfombra. Desde

arriba la miró insolentemente, mientras seguía exhalando bocanadas de humo espeso.

Uno de los hombres llamó tímidamente a la puerta.

—¿Me necesita para algo, jefe? Quisiera volver al saloon y traerme a algunos elementos del otro sexo. Estamos muy aburridos aquí.

—Más adelante os daré permiso para que hagáis lo que os dé la gana. Pero ahora te aguantas. Vete al saloon y trae los vestidos y efectos personales de Lorena.

—Gracias —murmuró ella débilmente—. No podía seguir vestida de este modo.

—A mí me gustas más así —susurró Flanagan cuando se hubo ido el pistolero—, pero me molesta que todos puedan verte. ¿Cómo has accedido a trabajar en el saloon? ¿Te ganas así la vida?

—No. Ésta era una actuación que no volvería a repetirse. Necesito dinero para pagar una fuerte deuda. No encontré otro modo de lograrlo.

—¿Deuda? ¿Por qué?

—Había fundado una especie de escuela y asilo. Para eso hace falta dinero.

Flanagan sonrió del mismo modo insolente.

—Veo que sigues con costumbres parecidas a las de hace cinco años. Entonces también tenías una escuela.

—Sí —susurró Lorena, con cierta expresión nostálgica—. Y era también más joven. Tan sólo tenía veinte años.

—Veinte años… Íbamos a casarnos. Eras la novia más bonita, la más arrebatadora de todo el Oeste —articuló Flanagan con voz ronca—. ¿Por qué tuvo que suceder aquello? ¿Por qué?

Desde fuera, a través de las ventanas, llegaba una música lánguida, triste, desgarrada casi.

—Tú tuviste la culpa, Flanagan.

—¡Yo! ¡Claro! Yo he tenido la culpa de todo lo que ha sucedido en Texas, en Arizona, en Nuevo México, durante estos años. También tuve la culpa de que rompieses conmigo, ¿no?

—No hubiera roto, tal vez, de haberme dicho tú la verdad. Pero te presentaste ante mi padre como un hombre honrado. Me pediste en matrimonio. Dijiste que íbamos a llevar una vida honesta. ¡Cuántas cosas llegaste a decir entonces, Flanagan, cuántas cosas

que seguramente has olvidado ya! En esta tierra nadie tiene historia, y es posible que yo te hubiese perdonado, aceptando tu amor, de haberme dicho desde el primer momento que eras un pistolero que deseaba cambiar de vida. Yo no me asusto de nada, Flanagan. No me hubiese asustado porque me dijeras eso. Pero cuando supe que eras un asesino, cuando supe que matabas por las noches, después de jurarme amor, y cuando ya no tuve duda de que yo era una diversión más para ti, ¿qué querías que hiciese? No comprendo cómo no me di cuenta antes. Sólo mi inexperiencia justifica mi locura de aquel entonces. Pero aun esos engaños miserables yo te los he perdonado con el tiempo, Flanagan.

El hombre arrojó el cigarro al suelo, y lo aplastó.

—Pero hay otras cosas, en cambio, que tú no me has perdonado.

—No.

La voz de la mujer había sido seca. Flanagan distendió los labios.

—Bueno todo aquello fueron pequeñeces, nena… Es natural que cuando un hombre como yo se enfada pierda los estribos un poco. Me llamaste asesino delante de testigos y tuve que luchar por mi vida, eso fue todo.

—No sé a qué llamas tú luchar por tu vida. Incendiaste la escuela con todos los niños dentro. Milagrosamente pude salvarlos, pero uno de ellos murió. Asesinaste a mi padre, que quería pedirte cuentas. Me raptaste a mí…

Flanagan se pasó la lengua por los resecos labios, al recordar aquello.

—Hubiéramos sido muy felices, pequeña —dijo cínicamente.

—Sí, inmensamente felices. Por lo menos yo, porque dicen que los que han muerto ya no sufren más. Hubieses tenido que matarme para conseguir algo de mí, Flanagan.

—Pcheeee —hizo él, encogiéndose de hombros—. No hay que hacer tanta historia por una cosa que ni siquiera sucedió. Todos los perros del *sheriff* vinieron detrás de mí, y apenas una hora después del rapto ya tuve que soltarte. Fue una lástima, pero juré que Burton me las pagaría. Y esta noche… ¿De modo que querías fundar otra escuela? —dijo, cambiando de conversación rápidamente—. ¡Qué mujer más tenaz! ¡Luego dicen que las mujeres no tienen constancia!

—La escuela está fundada ya. Ésa fue la causa de que adquiriese la deuda. Vine aquí con la intención de reunir algún dinero dando lecciones de baile, pero no tuvieron éxito. En Abilene lo único que las mujeres necesitan son lecciones de tiro.

—¡Lecciones de baile! —rió Flanagan—. ¿Dónde aprendiste a bailar, muñeca?

—En Nueva York.

Flanagan lanzó un silbido.

—¡Vaya! ¡De modo que eres una chica fina! Ya se te notan algunos detalles que antes no tenías, la verdad. ¿Y cómo tuviste la insensata idea de volver desde Nueva York a este perdido rincón del infierno?

—Porque aquí había fracasado y aquí tenía que volver de nuevo. Porque aquí estaba la tumba de mi padre. Porque lo que empecé lo tenía que terminar.

—Y al volver, ¿no pensaste que podías tropezar nuevamente conmigo?

—Cien veces me dijeron que habías muerto. Cien veces recé por ti, porque una vez muerto ya te había perdonado. Pero creo sinceramente que tú eres inmortal, Flanagan. Cuando volví aquí, lo hice desafiando al Destino y dispuesta a arrostrar todas las consecuencias. El Destino nos ha enfrentado otra vez. Yo lo busqué, y ahora no puedo quejarme. Nadie me mandaba volver aquí.

—Estás más bella que entonces… —dijo Flanagan con voz pastosa, ronca—. Mucho más. Y si entonces me pareciste irresistible, ahora me volvería loco si te perdiera. No te hagas ninguna ilusión sobre tu porvenir, Lorena —advirtió secamente, cambiando de tono como en él parecía ser habitual—. Soy el dueño de Abilene.

—Demasiado lo sé. Nadie puede ayudarme.

Flanagan se sentó en la butaca frontera, arañando con las espuelas una mesita cercana.

—Pero en el fondo no soy un mal chico —dijo—. Ya ves, puede que hasta me case contigo. He ganado mucho dinero en las tierras situadas más al oeste, y ahora un rancho, un sólido prestigio y una mujer que me quisiera no me vendría nada mal.

—¡Una mujer que te quisiera!…

—Creo que no tienes mucho dónde, elegir, Lorena. Conseguiré lo

que quiera de ti, de modo que no tienes más que dos soluciones: o desesperarte o fingir que me quieres. Puede que si lo finges bien yo me deje convencer. En el fondo soy un sentimental, un chico demasiado bueno.

Se oyeron rechinar en la habitación los dientes de Lorena.

—Prefiero desesperarme.

—¿Desesperarte? —sonrió Flanagan—. Bueno, pues puedes empezar ahora…

Se levantó, para acercarse a la muchacha, cuando en ese momento llamaron de nuevo a la puerta. El pistolero a quien había enviado al saloon estaba ya de regreso.

—Había esto, jefe.

Lanzó al suelo un par de vestidos, zapatos, medias, y otras prendas de ropa interior, todo en desorden, luego arrojó el bolso de la muchacha.

—¡Hum! Tus ropas son muy discretas, muy severas —rió Flanagan—. Definitivamente estás mejor así, tal como vas vestida ahora.

Cogió el bolso y lo abrió, volcando su contenido. Al suelo cayeron unos pocos dólares, una vieja fotografía y una armónica.

—No toques eso —silbó Lorena.

Flanagan recogió la armónica, que tenía grabada una inscripción, y la leyó despacio. «Para *miss* Gladis, con gratitud». Nada más.

—¿Quién te regaló esto? Es ya muy vieja.

—Tiene cinco años.

—¡Hum! ¿Y quién era el ingenuo que te estaba agradecido entonces?

—¿Para qué voy a decírtelo si no lo vas a recordar? Era un muchacho de dieciséis años. Yo le enseñé a tocar la armónica. En pago, dijo que iba a reunir todos sus ahorros para regalarme a mí la mejor que hubiera en Abilene. Y así lo hizo. Es ésta.

Flanagan la estrelló contra una pared, abollándola.

—¿Y aún la llevas? ¡Una cosa que te regaló un muchacho de dieciséis años! ¿Qué diablos puede significar para ti?

—Significa mi pasado. Ni más ni menos que mi pasado. Por eso la conservaba.

—¡Bah!

El pistolero estaba aún en la puerta, como aguardando órdenes. Flanagan le increpó:

—¡Tú, lárgate, idiota!

No necesitó otra cosa el pistolero para cerrar la puerta en seguida. Flanagan, entonces, dio un puntapié a la ropa para apartarla de su camino, y se dirigió de nuevo hacia Lorena Gladis.

—Eres tan hermosa —silbó.

Pero debía estar escrito que aquella noche iban a interrumpirle varias veces. En aquel momento una sarta de disparos hizo astillas los cristales y una voz gritó:

—¡Baja, Flanagan, valiente! ¡Te estoy esperando!

CAPÍTULO III

DUELO A MUERTE

En el saloon, un hombre comentó:

—¿Cosas raras? ¿De qué clase?

—Yo llegué a la población hace cinco años justamente. Centenares de personas distintas pasan por aquí al cabo del mes; unas se quedan, otras se marchan, las familias respetables son asesinadas y, en fin, ésta es una ciudad cuyos habitantes se renuevan cada tres años. En estas condiciones es difícil recordar una cara, pero yo juraría que Lorena Gladis ya había estado antes aquí.

—¿Aquí? ¿Y no la raptó nadie, bobo?

—Sí… La raptó Flanagan, precisamente. De eso ya nadie se acuerda porque cinco años son muchos para una ciudad como Abilene, y porque Flanagan no tenía entonces ni la centésima parte de la maldita fama que ahora tiene. Pero yo juraría que Lorena Gladis era entonces una joven maestra que vivía aquí con su padre, y a quien Flanagan dejó huérfana después de incendiarle la escuela.

—Eso explicaría la actitud de la muchacha —dijo otra voz—. No hay duda de que ella conocía ya a ese tipo.

—Como todos nosotros. ¿O es que hay alguien que no haya visto en un pasquín la cara de Flanagan?

—Es distinto.

—Lo más raro —dijo el que había hablado en primer lugar—, es que, a ese recién llegado, ese joven, creo recordarle también. Yo diría que vivió aquí. En fin, quizá me estoy haciendo un lío.

En aquel momento sonaron disparos lejanos. Todos levantaron la cabeza.

—Suenan cerca del Northern Hotel… —aventuró una voz.

—Sí; desde luego es por esa parte.

Hubo un instante de silencio. Después de los disparos se había hecho la calma. Pero en Abilene todos sabían que el silencio no significaba paz, sino que en la mayor parte de los casos significa muerte.

—Si tú fueses un tipo como Flanagan y tuvieras a Lorena Gladis, ¿adónde hubieses ido?

—Al Northern Hotel, naturalmente.

—Pues entonces no hay duda de que los disparos suenan cerca de allí. Los hombres como Flanagan siempre traen esas cosas. Puede incluso que haya asesinado a la chica.

En aquel momento alguien empujó los batientes desde fuera. Era un muchacho de unos quince años, quien tenía fama de enterarse de todas las cosas que pasaban en la población. Venía agitado y sudoroso.

—¡Esos disparos han sonado junto al Northern Hotel! ¡Los ha hecho un hombre solo, para desafiar a Flanagan y a su cuadrilla!

La noticia cayó como un rayo en el saloon. Todos los hombres que estaban en él parecieron electrizados en un instante. Pareció como si no creyesen lo que acababan de oír. Pero de repente se levantaron y corrieron todos hacia la puerta.

Les atraía un olor: el de la sangre. Y tanto mejor si esa sangre era la de Flanagan.

El joven recién llegado a Abilene había enfundado ya sus revólveres. Estaba solo ante la fachada del hotel, con las piernas entreabiertas, los brazos caídos a lo largo del cuerpo y con una extraña sonrisa en los labios. Parecía tan tranquilo como si esperase a alguien para jugar una partida de naipes. Gritó:

—¡Vamos, Flanagan, perro sarnoso! ¡Baja!

Flanagan apareció en la ventana. A su lado apareció también uno de sus hombres, empuñando un rifle.

—¿Quién eres tú, loco?

—Un gran admirador tuyo, Flanagan. Quiero saber si manejas tan bien el revólver como aseguran por ahí.

En el rostro del pistolero se marcó una mueca que parecía de aburrimiento. Era la historia de siempre. Los jovenzuelos querían encumbrarse demostrando que ellos eran más que Flanagan. Los

cementerios de Santa Fe, Dodge, Dallas, Amarillo, El Paso, Tombstone y Carson City estaban llenos de hombres que cayeron ante el fuego mortífero de los revólveres de Flanagan. Hombres como éste, verdaderos locos que se atrevían a desafiarle sin saber que estaban hablando con la muerte misma.

—Estoy ocupado ahora, sabandija —dijo con expresión taciturna —. Hay una dama que me espera y creo que eso es mucho más urgente que matarte a ti. Despáchalo tú mismo, Bradley.

Bradley era el del rifle. Estaba ya apuntando al joven, porque sabía que iban a darle esa orden. ¡Y el joven parecía tan inocente, tan tonto! Ni siquiera tenía las manos bien colocadas a la altura de los revólveres. Con un gesto de fastidio, como el que caza a un cervatillo demasiado joven, apretó el gatillo.

Y murió con esa convicción. Traspasó las fronteras del Más Allá creyendo que había disparado y que había matado a aquel joven. Los movimientos de éste en realidad, fueron tan rápidos que ni siquiera llegó a verlos. Su mano derecha descendió un poco, de forma casi imperceptible, y empuñó la culata de su único «Colt». Ni siquiera lo sacó de la funda para disparar. Le bastó elevarlo un poco, con una especie de mágica facilidad, para que su bala fuese rauda hacia la ventana donde estaba apostado el pistolero. El proyectil penetró entre las dos cejas de éste, haciéndole dar una especie de salto sobre el alféizar. La caja del rifle quedó manchada de sangre.

Por un instante, Flanagan creyó estar viendo visiones. Un tiro así no lo había presenciado nunca, ni él, que había hecho doblar la rodilla a los mejores pistoleros del Oeste. Una especie de calambre frío sin poder evitarlo, le recorrió la espina dorsal.

—¿Bajarás ahora, Flanagan?

Flanagan no habría bajado. Tenía a sus espaldas a la temblorosa Lorena Gladis, y eso le parecía mucho más agradable que enfrentarse con aquella especie de demonio. Pero ya en los porches fronteros al hotel se habían reunido más de dos docenas de personas. Si él rechazaba aquel duelo, pronto en todo Abilene se diría que no era más que un cobarde. Y un pistolero profesional podía perderlo todo, hasta sus armas, pero sólo estarla realmente perdido cuando se destruía su fama, cuando empezaba a caer su leyenda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, tratando de serenarse y ganar tiempo—. ¿Quién demonios eres?

—¿Qué importa mi nombre? Llámame Luke. Pronuncia mi nombre cuando emprendas tu último viaje.

—No te escapes, mocoso, y procura que las piernas no se te rompan de tanto temblar —dijo desde arriba, recuperada ya su sangre fría—. Salgo inmediatamente. Ahora sabrás quién es Flanagan. Te juro que antes de matarte voy a hacerte sufrir.

Lo de aquel individuo debía haber sido un tiro de suerte pensaba. No se volvería a repetir. Y además era seguro que en todo este tiempo alguno de sus pistoleros se habría apostado convenientemente y le evitaría a él las molestias y los peligros del desafío.

En efecto, uno de sus pistoleros se había deslizado hacia un costado del porche, silencioso y furtivo como una sombra. Todos los que galopaban junto a Flanagan estaban bien amaestrados. Vio al joven, sonrió siniestramente y, desde la zona de penumbra en que se encontraba, echó mano de sus revólveres.

No se dio cuenta de que el joven, aquel extraño tipo que había dicho llamarse Luke, le estaba mirando ya.

Le estaba mirando solo con un ojo. Y a la sonrisa siniestra del pistolero correspondió una sonrisa fría por su parte. Se encogió, «sacando», y sus dientes rechinaron en la noche. Todo su cuerpo trazó un arco felino rabioso. El «Colt» vomitó fuego, y las balas ladraron en busca de la sangre.

El pistolero se encogió alcanzado en la cintura, mientras una mueca de asombro deformaba sus facciones. Cayó rodando desde el porche a la calle, estremeciéndose de dolor, sin comprender aún cómo la muerte podía haber llegado de aquel modo.

Flanagan salió a la calle precisamente cuando la sangre de su segundo pistolero comenzaba a mezclarse con el polvo. Apretó los labios, mientras palidecía un poco, y a partir de aquel momento la imagen de Lorena, sus pensamientos de poco antes, todo, se borró de su memoria. Un solo y salvaje deseo le acometió: matar. Flanagan era el pistolero más temido del Sudoeste porque cuanto más valiente era su enemigo, más en fiera sanguinaria se convertía él.

Eligió con una extraña fruición los puntos en que clavaría las

balas: «Primero la mano derecha, porque sólo lleva un revólver. Después el estómago; las balas duelen ahí. Lo remataré cuando se haya retorcido un poco».

—Eres nuevo en estas tierras… —dijo, mientras se acercaba lentamente.

Un silencio espantoso se había hecho alrededor de los dos hombres. Los ojos de los espectadores brillaban como globos de vidrio rojo.

—No lo soy. Nací aquí.

—Y aquí vas a morir. Has elegido bien el sitio.

—Para morir, cualquier sitio es bueno. Para nacer, no. Tú, por ejemplo, naciste en un estercolero.

Rechinaron los dientes de Flanagan. El deseo de matar se le hizo tan vehemente que las manos fueron solas hacia las armas.

Y ya el desafío se hubiese producido, sin más, de no haber sonado, en aquel momento una ronca exclamación a su espalda.

—¡Dios mío! ¡No es posible!

Sin volverse, reconoció la voz. Era Lorena. Supo que estaba tras él, que había bajado para ver al joven pistolero y que ahora, desde luego, acababa de reconocerle. Una nueva crispación, ésta de rabia le sacudió la espalda.

—¿Es que le conoces? —preguntó sin volverse.

Lorena no contestó. Estaba absorta mirando el rostro del hombre. Y éste también había desviado los ojos, y una extrema palidez había cubierto su rostro.

—¡Tú! —barbotó.

En el silencio extraño de la calle, bajo las estrellas, el encuentro de aquellos dos seres fue algo así como un choque doloroso, como una desgarradura en sus vidas, como un zarpazo del Destino. Hasta un hombre tan endurecido como Flanagan comprendió que algo muy importante acababa de ocurrir allí. Y como a Lorena la consideraba algo suyo, exclusivamente suyo, el deseo de matar a aquel joven se hizo irresistible.

—¡Tu nombre! —rugió—. ¡Antes de matarte quiero saber tu nombre!

—¿Es que piensas pagarme una lápida, Flanagan?

—¡Haré que te entierren bajo las tablas del saloon! O mejor, ¡en una cuadra pública! ¡Pero antes dime tu nombre!

—Luke Nova.

Ni el nombre ni el apellido dijeron nada a Flanagan. No conocía a aquel pistolero. Eso le animó, porque su instinto le dijo que nunca un desconocido cualquiera lograría matarle. «Primero la mano —pensó—. La mano derecha…».

—Te matará, Luke —dijo a su espalda la voz de Lorena. Era una voz suave, dulce, maternal casi—. Marcha de aquí y olvídate de Flanagan. Sé que él te matará. Es invencible.

—Todos los hombres lo son hasta que alguien les vence —dijo el joven con una voz seca, cansada, que carecía propia de un hombre maduro.

—Claro que le mataré —sonrió Flanagan—. Claro. Y tú lo verás, nena.

—Huye, Luke. ¡Huye!

—No he venido hasta Abilene para huir, Lorena.

Su voz era fría. No desviaba sus ojos grises del rostro impávido de Flanagan.

—¡«Saca»! —rugió éste—. ¡«Saca»!

Los dos hombres se arquearon, separaron sus piernas de un salto y curvaron sus espaldas como dos gatos salvajes. Los movimientos de Luke Nova, rápidos y certeros, arrancaron a los espectadores un grito de admiración. Con un solo movimiento el revólver ya estaba en su mano derecha. Pero Flanagan aún fue más rápido. Mucho más rápido de lo que lo había sido en todos los días de su vida. Aquel disparo portentoso fue el mejor de toda su carrera.

Antes de que el joven hubiera podido apretar el gatillo, el revólver de Flanagan había ladrado ya. «La mano derecha», pensó al hacer fuego. Y, en efecto, su bala, certera como guiada por un compás, atravesó el revólver de Luke y rozó la mano derecha de éste. El joven lanzó un sordo gemido, mordiéndose los labios, y su «Colt» cayó pesadamente a tierra.

El rumor que se extendió a lo largo de la calle fue de sorpresa, de estupor, de desilusión. Por fin había surgido un hombre capaz de enfrentarse a Flanagan, pero no de vencerle. Flanagan era invencible. Y los ojos de los hombres le vieron avanzar poco a poco hacia su víctima, parsimoniosamente, mientras hacía tintinear sus espuelas mexicanas.

—Te dije que te haría sufrir —articuló, mientras su boca se

entreabría en una mueca de satánico placer—. Te lo dije. ¿Adivinas dónde será la próxima bala?

Luke Nova no pestañeó.

—En el estómago. Si la clavas, bien puedes hacerme sufrir un buen rato.

—A tu salud, pues —silbó Flanagan.

Iba a apretar el gatillo cuando alguien se interpuso en el camino de la bala. Ese alguien era una mujer a la que todos admiraban, a la que todos codiciaban, es decir Lorena Gladis.

—No le mates, Flanagan —susurró—. No puedes matarle. Está indefenso. Está como un corderillo ante ti. Mira, no es más que un muchacho. No puedes hacer eso, Flanagan. ¡No puedes!

—¿Por qué no? Él me ha desafiado, me ha insultado, y ahora acaba de sonar la hora del pago. ¡Apártate de ahí u os atravesaré a los dos con la misma bala!

Lorena no se apartó.

—Te lo suplico, Flanagan. Te lo pediré de rodillas si quieres. No le mates. Haré lo que tú desees, me casaré contigo, me convertiré en tu esclava. Hazlo por mí, Flanagan. No lo mates.

—Apártese de ahí, señorita Gladis —susurró Luke Nova—. Él tiene derecho a acabar conmigo, soy algo así como su pieza de caza. Deje que esta comedia acabe de una vez.

—¡No hables así! —gritó Lorena, volviéndose un poco. Y por el modo como lo dijo todos adivinaron que ella había tenido alguna autoridad sobre aquel hombre, que en un tiempo más o menos lejano él obedeció sus mandatos—. ¡No puedes decir eso!

—Apártese, señorita Gladis. Cada hombre tiene que soportar su destino.

Esta vez Lorena ya no le hizo caso. Volvió los ojos hacia Flanagan en una desesperada súplica.

—Te lo suplico. Si algo soy para ti, perdónale.

—Lo que eres para mí, seguirás siéndolo igualmente cuando yo lo haya matado.

—Flanagan, te lo suplico… por algo que no he mencionado nunca. Por lo único que tenemos nuestro. Te lo suplico por nuestro amor.

Hubo un estremecimiento en los hombros del pistolero.

—Pero… ¿tú me quieres, Lorena?

La mujer cerró los ojos.

—Estuve a punto de casarme contigo. Y eso no se borra. Te tengo miedo precisamente porque te quiero, Flanagan.

—¡Lorena! —gritó el joven que estaba tras ella—. ¡Mientes, Lorena!…

Flanagan no le oyó. Estaba mirando en aquel instante a la muchacha, tan arrebatadora, tan dulce, y pensaba que ella le quería. Que le admiraba como a un dios. Que le ofrecería todo, incluso su alma.

—Tú vales mucho, Lorena —susurró—. Pero si todo lo que tú vales lo das con amor, cualquier hombre a quien mires se volverá loco.

—Tú eres el único hombre… —musitó ella.

Toda la población fue testigo de esta confesión inesperada, extraña, un poco macabra, de una mujer vestida con traje de saloon a un pistolero con el revólver humeante. Todos los hombres oyeron aquellas palabras de Lorena y sintieron cómo una sorda congoja anidaba en su corazón.

—Te quiero…

La voz de la mujer era suave, incitante, un poco espesa. Era igual que una caricia, igual que si tuviera forma.

—Te concedo la vida de ese hombre.

Luke Nova rugió:

—¡Mátame de una vez, maldito! ¡Dispara tu revólver cinco veces, reparte en mi cuerpo las cinco balas que te quedan, perro! ¡Date ese placer! ¡Mátame sin hacerle caso a ella! ¡No quiero mi vida a ese precio! ¡Escupiría sobre mi vida si pudiera!

Flanagan rió, mientras guardaba el revólver.

—Vive y reviéntate, amigo. Mastica tu rabia. Todos han visto que Flanagan te perdonaba la vida. Pero como vuelvas a ponerte delante de mí te clavaré una bala entre los ojos.

—Volveré a ponerme, Flanagan. Hasta que caiga uno de los dos.

—¿Sí? Creo que te será difícil, después de lo que va a suceder ahora. Porque no creas, que te vas a marchar así, tan limpiamente. —Se volvió a sus tres pistoleros vivos, que lo miraban—. Vais a atizarle —ordenó—. Vais a destrozarlo.

Lorena se tapó los ojos, llorando. Los tres pistoleros, que no estaban deseando sino mancharse las manos de sangre, saltaron

sobre el joven como los perros sobre una liebre herida. Luke despidió a uno de un formidable izquierdazo que le destrozó la mandíbula y que levantó un alarido de entusiasmo en la calle. Al otro de un rodillazo. Al tercero de un jab impresionante con la zurda. No podía mover la mano derecha. Verdaderos alaridos se levantaron en la calle. Los tres pistoleros rodaban sobre el polvo, estremecidos de dolor. Pero eran hombres rudos, y un solo golpe no significaba nada para ellos. Se lanzaron al ataque de nuevo con redoblado empuje, ahora los tres a la vez, y Luke Nova rodó por tierra. Los pistoleros empezaron a jadear, a lanzar maldiciones, a golpear con toda su saña. Parecían realmente lobos hambrientos que se disputan una presa. Luke Nova se movía al principio, debajo de aquella masa humana, pero pronto dejó de hacerlo. Sólo se oía en la calle el chocar de los puños, los alaridos salvajes de los pistoleros y el llanto sordo, contenido, de Lorena.

CAPÍTULO IV

SÓLO SE MUERE UNA VEZ

Desde que las calles de Abilene fueron testigos de aquellas sangrientas escenas, habían transcurrido justamente quince días. Esas dos semanas habían bastado para hacer de aquel imperio del «Colt» un imperio aún peor: el del demonio.

A veces, en los saloons y en las dos barberías de la población, los hombres comentaban en voz baja aquellos sucesos. Sabían que ya jamás nadie volvería a enfrentarse a Flanagan, y que en cierto modo el desafío de que fueron testigos sería histórico, precisamente por ser el último. Flanagan también debía creer lo mismo, porque se había confiado completamente, dedicándose tan sólo a sacar el jugo a la población. El número de sus pistoleros, que aquella noche era de tres, pasó a elevarse a siete, porque los necesitaba para los importantes trabajos que estaba emprendiendo en Abilene.

Estos trabajos consistieron en imponer un tributo, a manera de «protección legal» a todos los establecimientos de la ciudad, desde el más lujoso hotel a la más hermética casa de pompas fúnebres. Ese tributo consistía en el veinticinco por ciento de la recaudación diaria. Dispuso también de la vida de varios hombres que le molestaban, a los que hizo ahorcar, y dedicó su atención a varias chicas de las que en la ciudad estaban consideradas como honestas. De hecho, y aun en una ciudad tan perdida como Abilene, nadie recordaba una época igual.

Varios hombres lo estaban comentando en la barbería aquella mañana. No levantaban mucho la voz porque sabían que Flanagan podía hacer ahorcar al que no estuviese conforme con sus métodos.

—¡Y pensar que hace quince días, aquella noche, pudo haber cambiado todo! —dijo un viejo.

—El chico tiraba bien, pero Flanagan es un diablo. Hemos de reconocer las verdades, aunque nos duelan. No hay quien le venza con el revólver en la mano.

Frases como éstas formaban el tema general de conversación en Abilene. Todos elogiaban en voz baja la valentía de aquel muchacho, y se lamentaban de que no hubiera matado a Flanagan, pero acababan reconociendo que éste era prácticamente invencible, Y que la ciudad estaba enteramente en sus manos, les gustase o no.

Pues bien, esa mañana, cuando en la barbería principal de Abilene se comentaban esos sucesos, ya pasados, dos de los nuevos pistoleros de Flanagan arrastraron por la calle, como un fardo, a uno de los empleados del Banco local. Sin duda habría opuesto cierta resistencia a entregar dinero al nuevo «amo», y ahora éste iba a ajustarle las cuentas. Con una mueca de doloroso estupor impresa en sus facciones, los hombres oyeron los gemidos de la víctima, sus maldiciones, sus ruegos. Pero no hicieron nada para ayudarla. Se quedaron quietos en sus sillones, paralizados de horror, viendo cómo los pistoleros de Flanagan iban a consumar un nuevo asesinato.

La ceremonia duró muy poco.

Uno de los pistoleros golpeó en la nuca al hombre con la culata del revólver, y lo dejó caer al suelo. Junto con su compañero preparó una buena soga, pasándola por sobre la viga de un porche. Hecho esto pusieron el lazo al cuello de la víctima y, cuando ésta empezaba a recobrar el conocimiento, justo a tiempo para darse cuenta de que iba a morir, tiraron de la cuerda. La víctima se retorció un poco, mientras gemía desesperadamente. Luego nada.

Los dos asesinos dejaron al ahorcado a la vista de todos, para que sirviera de ejemplo, y frotándose las manos, satisfechos entraron en la barbería.

Todos los hombres que estaban en ella habían guardado un espantoso silencio.

—Bueno, tú, rapabarbas… Echa a toda esta gentuza de aquí y atiéndenos a nosotros. Queremos ponernos bien guapos para gustar a las chicas.

Sólo había dos sillones en la barbería. Los que estaban sentados

en ellos se levantaron a medio afeitar para ceder su puesto a los pistoleros.

—Eso está mejor. Y ahora aféitanos. Pero cuidadito con el pulso, ¿eh? No nos vamos a quitar los revólveres.

—Tengo el pulso muy fino esta mañana, señores. Ya lo verán.

—Eso te interesa a ti. Como me hagas un corte te despellejo.

El barbero empezó a remojarles la cara. Hubo en el local unos instantes de ominoso silencio. Y de repente uno de los que aguardaban turno exclamó:

—¡Atiza!

Y otro:

—¡Diablos!

—¡Ése está loco!

En la otra parte de la calle, donde estaba el ahorcado, un hombre joven, vestido con ropas oscuras, acababa de aparecer junto a la entrada de un porche. Miró el cadáver, extrajo su cuchillo y seccionó de un limpio tajo la cuerda de la que colgaba. Luego, con un delicado gesto, se inclinó sobre él y le cerró los ojos.

Esto en sí no tenía nada de extraordinario, pues aún había personas caritativas en Abilene, pero lo que sí resultaba increíble era que aquel joven fuese ni más ni menos que Luke Nova.

—¡Viene a que le maten!

—¡Más le hubiera valido suicidarse directamente, sin necesidad de venir hasta aquí!

Los dos pistoleros de Flanagan levantaron sus cabezas. Vieron que el joven estaba mirando precisamente hacia los grandes cristales de la barbería. Y que se dirigía hacia allí.

—¡Ese perro…!

Se pusieron en pie, pero ya no llegaron a tiempo. El joven estaba en el porche, y les miraba a través del cristal. Vieron su derecha balanceándose suavemente a la altura de su «Colt» 45. Si ellos «sacaban», él llegaría a tiempo de matarles a los dos. No se podían olvidar fácilmente los disparos con que envió al infierno a dos pistoleros de Flanagan, la noche en que todo aquello sucedió.

—¡Tira, Pat! —rugió uno de los hombres, mientras se inclinaba un poco, como si fuese a «sacar».

—Calma. No llegaremos a tiempo. Él ya está rozando la culata. Y no es seguro que quiera matamos. Tal vez sólo piensa preguntar por

Flanagan.

Luke Nova estaba ya en la puerta. Se apoyó indolentemente en el quicio, sin variar la posición de su mano.

—¿Flanagan? —preguntó.

—No viene nunca por aquí —dijo el barbero con voz temblorosa —. Él… en fin, lo vemos poco por la ciudad, señor.

—Y si quiere un consejo, haga que le veamos poco a usted también —gruñó uno de los clientes—. Ya ha habido bastantes muertos en Abilene.

—¿Tantas ganas tiene de que lo achicharren, a su edad?

Luke Nova sonrió de una forma lejana, indiferente.

—Sólo se muere una vez, ¿no?

—Sí. Pero precisamente por eso, cuanto más tarde mejor.

Los dos pistoleros de Flanagan se habían envalentonado, al oír todo esto. Arquearon un poco las espaldas, y sus ojos brillaron en las caras llenas de jabón.

—Te entregaremos a Flanagan, mocoso. Él dará buena cuenta de ti.

—¿Ah, sí?

Luke los miraba como a dos pequeños insectos. Parecía como si no los viese siquiera. En su rostro aún se advertían las huellas de algunos golpes, pero eso mismo hacía sus facciones más duras, más sucias.

—¿Vosotros formáis parte de la cuadrilla de Flanagan? —preguntó—. Lo imaginé al verlos, desde lejos. Los escorpiones, las serpientes, las hienas, son inconfundibles a distancia.

—¡Basta de monsergas! ¡Suelta la artillería o te matamos aquí mismo!

Luke sonrió.

—He tenido que estar quince días viviendo como un topo, amigos, esperando a poder mover los brazos y a que mis heridas cicatrizasen. Pero ahora que empiezo a sentirme bien otra vez, he vuelto a Abilene para descansar una temporada. No voy a tener prisa para nada. De modo que podéis dejaros afeitar… antes de que os mate.

Había una extraña seguridad en sus palabras. Los dos hombres palidecieron a la vez, sin saber lo que les ocurría.

—Aféiteles —ordenó Luke Nova al barbero—. No les va a ocurrir

nada mientras tengan sobre sus caras esa cochina barba.

Uno de los pistoleros se envalentonó demasiado. Tanto que llegó a perder los estribos.

—¡Tú, perro…! —rugió.

Llegó a «sacar». Fue tan rápido que su mismo compañero se vio incapaz de imitarle. Pero Luke, con una suave oscilación de cadera, hizo que el revólver se inclinase hacia delante. Los dedos de su derecha, como cinco garfios de acero, no tuvieron más que empuñar la culata e imprimirle un suave movimiento, como si acariciase seda. La bala saltó a través de la funda y fue a encontrar con un rugido el corazón del pistolero. Éste soltó el revólver, con una mueca de infinito estupor, y cayó sentado sobre el sillón. Sus ojos quedaron espantosamente fijos mirando a Luke Nova.

El otro pistolero estaba tan asombrado que no acertaba a dar crédito a sus ojos.

—Aféitelo —ordenó Luke.

—¿Có… cómo? —Silabeó el barbero—. ¿Al… al muerto…?

—¿Vino aquí para eso, no? Y no lo vamos a enterrar con esa facha.

El otro pistolero se dejó caer automáticamente sobre el sillón. Estaba tan blanco que el jabón ya no destacaba sobre su cara.

—Limpia al muerto —dijo Luke Nova al fin—. Pero a ese otro lo afeitas bien.

—¿Qué pretendes? —barbotó el pistolero, temblando al ver el cadáver del otro sentado sobre el sillón—. ¿Qué maldito juego es éste? ¿Sabes que Flanagan te ajustará para siempre las cuentas?

—A eso he venido.

El barbero estaba alegre como unas pascuas. Tras limpiar al muerto, se dispuso a afeitar al vivo, y, animado por la presencia de Luke Nova, lo hizo tan bien que empezó lanzándole jabón sobre los ojos, y luego, al pasarle la navaja por la mejilla izquierda, se le llevó toda la piel de ésta.

—¡Maldito! —rugió el pistolero—. ¡Haré que te corten las manos, que te despedacen! ¡Pagarás esto! ¡Lo lamentarás mil veces!

—¿Es que no está contento del servicio, milord?

De otro navajazo se le llevó la piel del cuello. Luke Nova, con voz calmosa, como si todo aquello le aburriese, preguntó:

—¿Fueron ellos dos los que ahorcaron a ese hombre?

—Sí. Un asesinato infame. Una canallada.

—Ah, ya.

No hizo ningún comentario más. Contemplaba distraídamente cómo el barbero iba desollando al bandido. Cuando éste estuvo, murmuró:

—Levántate.

El pistolero lo hizo.

—¿Estás ya lo bastante guapo para morir? ¿Quieres que te perfume?

—¡Perro! ¡Tú serás quien muera! ¡Nadie me ha vencido aún!

—Alguien tenía que ser el primero, ¿verdad?

—Éste es más peligroso que el otro —dijo el barbero—. La verdad es que, si usted no lo mata, yo… yo…

—¿Dónde está Flanagan? —preguntó Luke mirando a los ojos del pistolero.

—Ya tropezarás con él, no te preocupes.

Los ojos de Luke brillaron un poco más.

—¿Y… la chica?

—¿Lorena Gladis? Se casan pasado mañana.

—¿Ha ocurrido… algo?

El pistolero estaba recobrando la confianza. Luke Nova sólo pensaba en la mujer. Si aprovechase… Musitó:

—Claro, idiota. ¿O quién crees que es Flanagan?

Los dientes de Luke produjeron un chasquido. Rugió:

—¡«Saca»!

El pistolero se inclinó, mientras sus manos volaban hacia las culatas. Pudo asirlas, pudo incluso tirar de ellas, pero no llegó a apretar el gatillo. Luke Nova hizo saltar el revólver con la misma facilidad que si estuviera moviendo sus propios dedos. El arma crepitó una, dos, tres veces. Y hasta tres veces se estremeció el cuerpo del pistolero. Cayó sentado en el sillón, con la boca espantosamente abierta y con tres siniestras corrientes de aire entre su pecho y su espalda. Dos muertos en los dos únicos sillones de la barbería. Buena propaganda.

—Ahí van dos dólares —dijo Luke Nova arrojando al barbero dos monedas—. Péinelos y arréglelos bien. No quiero que salgan de su establecimiento hechos unos adefesios.

Dio media vuelta y salió, introduciendo nuevamente el revólver

en su funda. Poco a poco comenzó a andar a lo largo del porche. Los hombres contemplaron su espalda ancha, admiraron su caminar firme y elástico, y supieron entonces que la muerte se iba a instalar en Abilene hasta que pereciera uno de aquellos dos campeones del revólver.

—¡De modo que él ha vuelto! —dijo un viejo—. ¡De modo que está dispuesto a morir o a deshacer con plomo la cabeza de Flanagan…!

* * *

La casa donde Flanagan vivía ahora, estaba situada en las afueras de la población. Era muy hermosa.

Había pertenecido a una atractiva mujer, viuda de un banquero, que vivía sola. Flanagan se presentó allí con sus hombres la misma noche de su llegada a la población, habló con la viuda y de ésta no volvió a saberse nada nunca más. Desde entonces él vivía en aquella fastuosa residencia.

Lorena había estado viviendo un par de días más en el hotel, bajo vigilancia. Luego fue trasladada allí.

Cuando Lorena, aquella trágica noche, vio el estado en que los pistoleros de Flanagan habían dejado a Luke Nova, después del salvaje castigo, comprendió que aquel muchacho ya no volvería a ser nunca más el que fue. El olor a sangre, a desolación, a muerte, que imperaba en la calle, penetró en su espíritu como una cosa amarga, densa, robándole las fuerzas. Sólo tuvo fuerzas para suplicar:

—¡Montadlo sobre un caballo! ¡Sacadlo de aquí, por Dios! ¡Sacadlo de aquí!

Luego había perdido el sentido, desmayándose.

Lo recobró cuando estaba tendida en la cama de una habitación del hotel. Flanagan se encontraba junto a ella, contemplándola con una expresión viciosa. La puerta estaba cerrada, y se encontraban solos. En ese momento, Lorena comprendió que estaba absolutamente perdida, que toda su vida terminaba allí.

Pero eso era porque no conocía bien a Flanagan.

Desde el momento en que le había dicho que le amaba, que accedía a casarse con él, para Flanagan las cosas cambiaron. Lorena Gladis pasó a ser una presa segura, como lo fue en otro tiempo. La

tendría cuando quisiese, con sólo tender la mano. Y por lo tanto sería mucho mejor dedicarse de momento a otras bellezas de las que había en Abilene, antes de que se asustasen y se marcharan con sus familias fuera de la ciudad. Lorena pasó a ser una cosa segura, aunque la desease locamente, y por eso no tuvo ninguna prisa. Por eso la respetó.

Claro está que Lorena, al despertar, no sabía nada de esto. No conocía ninguno de los pensamientos que habían cruzado por la mente de Flanagan.

—¿Te sientes mejor? —había preguntado éste.

—Sí… Sí…

Lorena había tragado saliva con dificultad. Todo le hacía daño. Sentía estremecimientos en los hombros, en la garganta, en el fondo mismo de los ojos.

—¡Dios mío! —musitó para darse fuerzas.

—Ese estúpido ha sido arrojado de la población. —Dijo Flanagan con acento de indiferencia—. Ahora pienso que debía haberlo matado. ¿Quién es?

—¡Oh, un muchacho! Tan sólo un muchacho.

—No tanto ya. Debía tener unos veintiún años y era un auténtico toro. ¿Desde cuándo le conocías?

—Desde hace muchos años.

Un brillo maléfico pasó por los ojos de Flanagan.

—¿Él te regaló aquella armónica?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la época en que tú y yo nos prometimos. Él… él era el hermano de la niña que murió abrasada en la escuela. Venía a visitarme muchas veces. Yo le enseñé a tocar ese instrumento. Una amistad de… maestra y alumno podría decirse, ¿sabes? Algo así.

Temblaba toda ella. Flanagan se acercó, la sujetó por los hombros, zarandeándola brutalmente, y luego la hizo caer de un seco golpe.

—Tú y yo tendremos que hablar con mucha más calma. Como voy a quedarme en Abilene varias semanas, habrá tiempo para todo. Pero de momento te quedas aquí, vigilada.

Como estaba de espaldas no pudo ver el brillo de inmensa alegría que recorrió los ojos de la joven. Ni oír la suave «Gracias,

Dios mío», que Lorena pronunció al verse salvada de momento.

Sólo de momento, porque su destino estaba bien trazado.

Flanagan la haría vigilar día y noche, en Abilene no habría ya quien pudiera defenderla, y en cualquier momento, cuando el nuevo amo quisiera, ella sería su víctima. Pero ahora, al menos, tenía derecho a vivir una noche más, tenía derecho a confiar por lo menos hasta que el nuevo amanecer llegase.

Y desde entonces, desde aquel trágico momento, habían transcurrido quince noches más.

Lorena vivía ahora en la gran casa que ocupaban Flanagan y sus hombres. Tenía una habitación aparte, cerrada con llave todo el día. No bajaba ni siquiera para comer. Flanagan estaba contento, porque así no la veían sus hombres, y él se había vuelto terriblemente celoso. Conservaba a Lorena como una presa con la que se juega antes de martirizarla. El suyo era un poco el juego del gato y el ratón, y eso le divertía.

La casa estaba siempre rodeada por hombres de Flanagan, día y noche. Había en ella un jardín, y los pistoleros se ocultaban entre los arbustos, vigilando. Por lo menos dos de ellos no abandonaron nunca la casa.

Durante su prisión en ésta, Lorena había oído cosas que jamás en su vida podría olvidar. Y había llegado a conocer bien, con el horror de quien se aproxima al borde de un pozo sin fondo, quién era Flanagan.

Al anochecer del día en que Luke Nova se presentó de nuevo en Abilene, pidió permiso para salir a pasear al jardín. El que estaba de vigilancia entonces en el interior de la casa era un tipo llamado Mike, cuyos ojos de ratón atravesaban la ropa.

—Sabes de sobra que el jefe está recorriendo los ranchos de las cercanías. No le gustará.

—Al fin y al cabo, no puedo escapar. Hay dos hombres más guardando por fuera la casa.

A Mike se le caía la baba mirando a la muchacha.

—Algún día, cuando el jefe se aburra de ti, puede que seas cariñosa conmigo, ¿no?

—Puede —silbó Lorena, cerrando los ojos.

—Entonces sal al jardín si quieres. Pero no trates ni siquiera de acercarte a la valla. Los dos que están fuera tienen orden de

disparar.

Lorena se encogió de hombros, y salió al jardín. Iba a hacer una hermosa noche, una limpia e insuperable noche. Los grillos ya comenzaban a cantar entre los altos tallos de hierba, y algunas ranas solitarias croaban en los cercanos estanques. Todo aparecía a los ojos de Lorena tan hermoso, tan quieto, que por unos instantes ella tuvo la sensación de que estaba muy lejos de allí, de que los hombres como Flanagan eran sombras que no existían, que no habían existido jamás.

Pero la realidad era bien distinta, y estaba muy cerca. Uno de los guardianes se paseaba a muy poca distancia de ella, vigilando recelosamente.

—Cuidado con acercarte a la valla. Soy capaz de…

No llegó a terminar la frase. Estaba junto a unos arbustos, al lado de una pared de la casa, y de esos arbustos acababa de surgir algo parecido a una mano con un revólver. Lorena ni siquiera hubiese podido asegurarlo, tan rápido fue todo. Se oyó un golpe sordo y el pistolero cayó hacia delante, sin chistar, como si le hubiesen atravesado la nuca. Luego un hombre…

Un hombre a quien ella conocía bien. ¡Luke Nova había vuelto!

—¡Lorena! —susurró él aproximándose un poco—. ¡Lorena…!

CAPÍTULO V

LA CABEZA DE UN HOMBRE

La mujer quedó paralizada.

No supo si era alegría o dolor lo que estaba sintiendo. La presencia de Luke allí la trastornó por completo, la hizo sentir un miedo como jamás hasta entonces sintiera. No por ella, sino por él, por Luke Nova. Era como si ya estuviese contemplando a un muerto.

—Lorena… —susurró él.

Era la primera vez que la llamaba así. Siempre, hasta entonces, la había llamado «señorita Gladis». Porque durante los años que duró su amistad él era un chiquillo, por decirlo así, y ella una muchacha que ya estaba prometida a un hombre como Flanagan. Ahora, sin embargo, al verse contemplada por aquellos ojos grises, al ver frente a ella a aquel gigante a quien casi no podía reconocer, sintió un estremecimiento que llegó hasta lo más secreto de sus nervios.

—Estás loco —pudo decir ella tan sólo—. Debieras haber escogido un sitio mejor para morir…

Estaban ahora muy cerca uno del otro, y hablaban en voz baja. El segundo guardián debía estar paseándose por el otro lado de la casa. En los ojos grises del hombre, Lorena supo leer una sombría decisión.

—Cualquier sitio es bueno para morir. Ya lo dije una vez. Pero ahora estoy decidido a vivir al menos hasta que te saque de aquí, Lorena.

—No podrás. Hay otros dos pistoleros en la casa.

—¿Dos solamente? Flanagan te valora poco.

Hizo oscilar suavemente el revólver en la cadera, mientras apartaba a la mujer. Ésta trató de sujetarse a su brazo.

—¡Luke, te matarán! ¡Te matarán, sin remedio! ¡No puedes enfrentarte a ellos!

Su voz había sido demasiado alta; dio la alarma sin querer. El pistolero que estaba al otro lado de la casa vino corriendo, con su revólver ya amartillado.

Luke extrajo el suyo, volteándolo en el aire con mágica facilidad. Se pegó a un costado de la pared, colocando tras él a Lorena, y aguardó a que el pistolero apareciese. Cuando éste surgió por un ángulo, le dejó tiempo incluso para levantar el revólver. Pero antes de que disparara, él ya le había clavado una bala entre las dos cejas. Un orificio negro se abrió en la frente del hombre, que cayó hacia atrás lanzando un alarido.

Dentro sólo quedaba Mike. Éste empezó a temblar, creyendo haber caído en una trampa preparada al menos por seis u ocho hombres. Pero tenía que vender cara su vida, porque Flanagan no le perdonaría una rendición. Empuñó sus revólveres y se arrastró cautelosamente hacia una de las ventanas.

Alrededor de la casa todo era silencio.

Mike levantó la hoja de la ventana, que era de guillotina. No se veía a nadie. Pasó una pierna por encima del alféizar y saltó al jardín. Le seguía envolviendo el silencio.

De repente alguien, a su derecha, advirtió:

—Te estoy apuntando. Suelta la artillería y no te ocurrirá nada. Pero si haces algo que no me guste, te barrenaré la cabeza.

Mike, zorro viejo, se lanzó al suelo, dando media vuelta en el aire y girando los revólveres con vertiginosa rapidez. Luke Nova no disparó contra él hasta que le tuvo de frente y en disposición de luchar. Entonces movió suavemente el índice, como si acariciase el gatillo, y la bala disparada contra Mike le atravesó la cabeza.

Lorena, muda de horror, lo contemplaba todo.

—¡Has vuelto a desafiar a Flanagan! ¡Él te matará! ¡Sabes que te matará!

—Uno de los dos tiene que morir —dijo Luke Nova—. Si soy yo, mala suerte.

Indicó a Lorena la puerta de la verja que rodeaba el jardín.

—Tengo un caballo a cien metros de aquí. Vamos a regresar a Abilene.

—Luke, tú no sabes lo que haces —musitó Lorena—. Se puede desafiar a la muerte, pero no tantas veces. En Abilene nos cazarán a los dos.

—Mi intención es que salgas de la ciudad en la primera diligencia. Dentro de una hora parte la que va a Kansas City. Llegaremos a tiempo.

Un brillo de esperanza iluminó las facciones de la mujer.

—¿Marchas tú también?

—Ya veremos.

Lorena adivinó que aquel «Ya veremos» era una frase vacía. Luke estaba bien decidido a quedarse allí.

Pero no podían perder más tiempo. Cualquier cosa era mejor que permanecer quietos en la casa, esperando a que Flanagan volviese. De modo que siguió a Luke Nova.

El caballo piafaba impaciente entre unos arbustos cercanos. Luke subió y luego ayudó a montar a la muchacha. Al trote largo emprendieron el regreso a Abilene.

Lorena dirigió una última mirada a la casa. Allí quedaban su vergüenza, su terror, su desesperación. Pero al otro lado, frente a ella, en Abilene, le aguardaba su muerte.

* * *

El encargado de la parada de diligencias se quedó boquiabierto al ver aparecer por allí a Luke Nova y a Lorena.

—¿Está lista la diligencia para Kansas City? —preguntó Luke, sin más preámbulos.

—¿Es que quieren marcharse?

—La señorita sí.

—Pues lo siento. Créame que lo siento, señor. Pero la diligencia que debía parar en Abilene y continuar viaje ha tenido un grave accidente en la ruta. Hay varios pasajeros muertos, y no podrá llegar aquí hasta mañana o pasado mañana. Si quieren marcharse tendrán que hacerlo a caballo, señor.

Luke se mordió los labios. No era lo mismo. A Lorena no podía dejarla marchar sola a caballo, desafiando todos los peligros de la pradera, y aunque se marchasen los dos era evidente que los

esbirros de Flanagan les seguirían, alcanzándoles en alguna parte y sometiéndoles a cerco. En cambio, las diligencias eran acompañadas a largos trechos por fuerzas regulares de caballería, y asaltarlas no resultaba tan fácil como atacar a dos viajeros solitarios. Por un momento, Luke se quedó indeciso.

—Nos quedaremos en la ciudad —dijo al fin—. ¿Cuándo saldrá diligencia hacia cualquier otro sitio?

—Mañana por la tarde, señor. La de la ruta de California.

—Mañana por la tarde habrán sucedido muchas cosas. Pero de todos modos adquiero un billete. Un billete hasta San Francisco.

Lorena, en silencio, le vio pagar. Tuvo un terrible, un desesperado anhelo de llorar, porque con aquel dinero Luke Nova estaba comprando su propia muerte. Porque en veinticuatro horas Flanagan tendría tiempo para matarle cien veces.

—La señorita tendrá el mejor asiento, señor —dijo el encargado con sonrisa servil—. Sinceramente le deseo que no tenga ningún contratiempo para realizar este viaje.

Luke tomó a Lorena por el brazo, muy suavemente, y la condujo fuera de allí. El jefe de la parada salió inmediatamente tras ellos, corriendo hacia el saloon contiguo para comunicar a todos que Luke Nova estaba de nuevo en la población y que se había traído a la chica. Y que en las veinticuatro horas próximas correrían la pólvora, la sangre, la muerte.

Lorena se dejaba arrastrar a través de las calles como una pobre ciega.

—Voy a llevarte a un hotel —susurró Luke—. Tienes que descansar.

—Luke, márchate tú —silbó ella—. Yo ya estoy perdida; no te pierdas tú también. Cuando Flanagan se entere de que estás aquí reclutará nuevos pistoleros. Te atacarán como una manada de lobos rabiosos. No descansará hasta que te mate con sus propias manos.

—Será un honor para mí.

Estaban ante la puerta de un hotel llamado Regent. Luke entró, y Lorena no tuvo más remedio que seguirle.

—Quiero dos habitaciones separadas —dijo Luke al encargado.

Éste se quedó viendo visiones.

—No… no puedo, señor. No hay ni una cama disponible en todo el hotel.

—Sé que tiene habitaciones libres. Vamos, denos dos separadas, pero que estén en el mismo piso. Y no me haga perder tiempo porque esta noche no sé qué me pasa en los dedos. No me costaría nada moverlos, con un revólver entre ellos.

—Si Flanagan sabe que les he dado alojamiento me matará, señor. Incendiará el hotel.

—Flanagan no se acercará mientras esté aquí la chica. Además, vamos a estar solo veinticuatro horas. Flanagan no necesitará menos tiempo para reclutar nuevos pistoleros. La tropa que actualmente tenía ha quedado casi destrozada.

El encargado seguía pálido como un muerto.

—Les alojaré. Pero ¡por favor!, procuren estar en el hotel el menos tiempo posible.

Le dio dos habitaciones en el primer piso, separadas por una puerta. Una vez en el corredor donde éstas se encontraban, Luke dio a la muchacha su llave.

—No salgas bajo ningún pretexto. Enciérrate por dentro.

—Luke… —susurró ella, temblorosa.

De repente apretó los labios.

—Hemos de tener una explicación. No nos habíamos visto en cinco años. Y de repente vuelves a la ciudad y ocurren en ella cosas que no habían ocurrido nunca. Cuando nos separamos tú eras un chiquillo, Luke; ahora no sabría decir lo que eres. ¡Pero no puedes marcharte así! ¡No puedes dejarme sin tener antes una explicación, por breve que sea! ¡No sé si volveré a verte alguna vez!

Él sonrió. Y entonces se dio cuenta Lorena, con sorpresa y un poco de horror, de que su sonrisa no era la de un muchacho. Era la sonrisa cansada de un hombre prematuramente envejecido, cansado de matar, cansado de ver morir.

—Luke —susurró—. No te conozco…

—Es posible que yo tampoco me conozca a mí mismo.

—Entra… —invitó ella, abriéndole la puerta.

Luke entró. La habitación era pequeña, pero estaba bien amueblada. Por la ventana penetraba la luz débil del crepúsculo. Lorena no quiso encender el quinqué de petróleo que estaba sobre una mesa.

—Es extraño, Luke —susurró—. Es muy extraño lo que ocurre entre los dos. Hace cinco años yo era en Abilene una mujer ya

hecha, una maestra que tenía la mejor escuela de la ciudad, y que además estaba prometida a un hombre como Flanagan, que parecía respetable y afortunado. No puedo negarte que entonces, mientras te enseñaba a tocar la armónica, mientras reíamos juntos, te consideraba como un chiquillo. Ahora, Luke…, ¡qué extraño es lo que ocurre! ¿Qué puede haber pasado entre los dos? ¿Por qué me siento como una niña que sólo estará segura cuando se refugie en tus brazos?

Lorena temblaba. Sus grandes ojos brillaban a la luz dulce del crepúsculo. Y, si esos ojos, ese cuerpo, eran como los de una niña, esa voz era todavía como la de una muchacha que sueña, que todavía no ha vivido su primer amor.

—No sé qué me ocurre, Luke —silbó—. Creo que voy a volverme loca…

Los ojos grises del hombre estaban posados en su rostro, en su boca, en la curva de su cuello. Los ojos del hombre eran como dos llamas que atravesaban el espacio y quemaban la piel. Lorena veía muy cerca los labios de él, veía temblar sus manos que estaban muy cerca de su vestido, a punto de sujetarla.

—¿Y crees que yo sé lo que me está ocurriendo, Lorena? —musitó él—. ¿Crees que me conozco a mí mismo y que todo esto me parece real? ¿Piensas que estoy seguro de que eres tú; tú esa mujer a la que siento tan cerca?

—Luke, no puede ser… —musitó ella, y su voz brotó en la oscuridad como algo caliente, tímido—. Soy una mujer mayor que tú. Fui tu maestra. Fui una mujer que jugó en tu vida el papel de madre, el de la hermana mayor. Hay cosas, hay sentimientos que no pueden variarse nunca. Tú y yo tenemos que ser un poco esclavos de nuestro pasado, Luke…

Él la tomó por los hombros. Lo hizo con suavidad, con respeto, aunque sus dedos temblaron al rozar los contornos de la mujer. La obligó a sentarse en una de las dos butacas que había junto a la ventana. Sin duda le causaba una especie de temor sentirla tan cerca. Él se sentó en la otra.

—Toda mi vida he sido esclavo de una pasión secreta —barbotó, como si se arrancase aquella confesión igual que un puñal de la carne—. Toda mi vida he temblado por cosas que tú no supiste nunca, que nunca imaginaste siquiera. Todas mis noches han estado

llenas de un dolor que llevaba tu nombre, pero tú no lo has sabido nunca. Nunca pudiste imaginar que eras a un tiempo la luz y las tinieblas, la alegría y el tormento de mi vida.

Lorena tembló. Sus ojos, que seguían brillando en la penumbra, estaban anegados en lágrimas. Recogía con dolor, con veneración, casi, la confesión de aquel hombre que iba a morir. Todo lo que imaginó a veces, durante los años de su vida en que aún hubo esperanza, se mostraba ahora claramente ante su mirada. Todo lo que creyó ver en los ojos de aquel muchacho, pero sin darle importancia, estaba ahora en los ojos del hombre. Pero como una marea que avanza, que lo arrolla todo, que puede ahogar. Era como la fuerza arrolladora de la vida, sólo que esa vida pronto se iba a extinguir.

—Estamos locos los dos, Luke —dijo con voz ahogada—. Todo lo que pensamos en absurdo. Todo lo que ahora estamos imaginando tú y yo es un pecado contra nuestra propia existencia.

—No sé lo que es —susurró él—, pero está en nosotros. Es como una fuerza que nos envuelve y contra la que no podemos luchar. Esa misma fuerza es la que me ha hecho volver aquí. La que me hace empuñar los revólveres. La que me sirvió para recuperarme después de aquel brutal castigo que tú presenciaste. Esa misma fuerza me impedirá morir.

Las lágrimas resbalaban ahora claramente por las mejillas de Lorena. No podía evitarlo. Luke Nova era lo más puro, lo más entrañable y sincero que hubo en su existencia anterior, aquella existencia que ahora parecía tan lejana. Y le veía allí, y un secreto sentimiento que le desgarraba las entrañas le decía que él pronto iba a morir.

—Soy mayor que tú —dijo como una débil defensa.

—¿Mayor? ¿Te parece que tres años significan una barrera infranqueable? ¿Te parece que son algo para mí?

Apretó los puños y se puso en pie. Su gigantesca estatura dominó a la muchacha.

—¡Porque yo te quiero! ¡Te quiero, Lorena! ¡Porque estoy enamorado de ti, desde que era un niño! ¡Porque ha sido sólo tu recuerdo lo que durante estos años de suplicio me ha ayudado a vivir!

—Creí que no nos encontraríamos ya nunca… —musitó ella.

—Pero el destino nos ha enfrentado de nuevo. No podemos luchar contra eso ni podemos luchar contra nosotros mismos. Hay algo que está por encima de nuestra vida, Lorena, y que la empujaba hacia un determinado camino. ¡Y ese camino, el tuyo y el mío, se han encontrado hoy!

Lorena había cerrado los ojos. Temblaron sus manos. Y de repente, con fría desesperación, deseó que se secasen todas sus lágrimas.

—Hay un obstáculo —silbó.

—¿Quién? ¿Flanagan?

Ella seguía sin abrir los ojos.

—Sí.

—Flanagan y yo tenemos una cuenta pendiente. Uno de los dos caerá. Y eso ha de ocurrir antes de mañana.

—Estás loco.

—¿Por qué? ¿Es que consideras invencible a ese hombre?

Lorena lo consideraba invencible, pero no quiso decirlo. Musitó simplemente:

—No se trata de eso. Hay otra cosa.

—¿Otra? ¿Qué?

Y entonces ella dijo:

—Que yo le quiero.

CAPÍTULO VI

PLOMO PARA UN VALIENTE

Luke sujetó a la mujer por el vestido. Sus dedos, que parecían de acero, desgarraron la ropa. Sus dientes rechinaron en la penumbra. Hubo en sus ojos un brillo febril, asesino.

—¿Tú quieres a ese miserable?

—Me lo oíste decir aquella noche.

—Pero no lo creí. ¡No he podido creerlo nunca!

Lorena continuaba con los ojos cerrados. No quería ver el rostro de Luke. No se atrevía a mirarlo.

—Iba a casarme con él, ¿no?

—De eso hace cinco años. Y porque no lo conocías aún.

—Pero hay cosas que dejan huella en una mujer. Sus palabras llenas de pasión, sus besos…

Lo dijo para que el hombre la despreciara, para que huyera de allí. Casi sintió placer cuando él, ciego de rabia, le golpeó furiosamente el rostro, dos veces, lanzándola de nuevo sobre el sillón. Pero tembló al abrir los ojos y ver que el joven continuaba quieto frente a ella.

—¡Ahora ya lo sabes, Luke! ¡No tienes nada que hacer conmigo! ¡Vete!

Los dedos del gigante temblaron a unos centímetros de su garganta.

—No me iré, ¿comprendes? ¡No me iré porque te quiero! ¡Porque todo lo que pueda sufrir ahora lo sufrí entonces ya! ¡Y no me importa!

—Me casaré con él de todos modos. ¿Quieres que me ofrezca tu

cabeza como regalo de bodas?

—Mi cabeza aún puede servir de adorno —dijo él sonriendo siniestramente—. La suya ya no. Y ahora mismo vamos a ver quién es el que la conserva sobre los hombros.

Dio media vuelta y salió de la habitación. Y en ese momento, en la calle, bajo la ventana, Lorena oyó el tintinear inconfundible de varias espuelas mexicanas. Flanagan las usaba de ese tipo, la mayor parte de sus hombres también. El ruido cantarino que producían al avanzar era como un anticipo de la carcajada de la muerte.

Lorena saltó hacia la ventana, como impulsada por un resorte. Desde abajo no la vieron porque la habitación estaba a oscuras. Pero ella sí que pudo ver a Flanagan y a dos de sus pistoleros, que caminaban balanceándose hacia el porche donde estaba situada la puerta del hotel.

Se volvió, tratando de avisar a Luke, pero ya era tarde. El joven se encontró con sus tres enemigos en la planta baja.

El encargado estaba detrás de su pupitre, casi en medio. Al ver a Luke Nova y a Flanagan lanzó una especie de alarido y se dejó caer a tierra, temblando espasmódicamente. El tintero se le volcó y empezó a gotearle encima de la calva.

Flanagan sonrió al ver a Luke.

—Eres duro, ¿eh? Parece que la paliza no te hizo demasiado efecto.

—Me hizo efecto durante quince días. Es bastante.

—Tendré que cortar las orejas a mis hombres. No te rompieron ningún hueso.

—Los debieron reservar para ti, Flanagan.

La frase fue del agrado del pistolero.

—Sí, claro. Sería una lástima matarte cuando estuvieras hecho un guiñapo. Me conviene; más así, enterito.

Entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Dónde está ella?

—En una habitación del primer piso. ¿Es que quieres ir a buscarla?

—Luego, nene.

Las preguntas y respuestas se cruzaban con gran rapidez. Los hombres se miraban como obsesionados, con las piernas entreabiertas, los brazos balanceándose a la altura de las armas.

Había en la expresión de Luke Nova algo tan cruel y tan frío que Flanagan sintió un estremecimiento. No era la primera vez que eso le ocurría.

—Hay pocos testigos aquí. Tu muerte no sería lo bastante sonada —dijo el pistolero.

—Eso podremos arreglarlo fácilmente. Enfrente tenemos un saloon. O, si no, la calle. ¿Te parece que hay poca gente en ella?

—Quiero que tu muerte haga historia en Abilene, Luke.

El joven echó un poco la cabeza hacia atrás, sonriendo secamente.

—La solución es fácil, Flanagan. Vamos a la calle.

—Vamos.

Flanagan y sus pistoleros empezaron a retroceder de espaldas, poco a poco, sin abandonar la postura de sus manos. El encargado de recepción, bajo el pupitre, lanzó un suspiro de satisfacción, al ver que se alejaban, y entonces, al abrir la boca, se tragó media botella de tinta.

Los hombres que se encontraban en el porche contiguo al hotel habían advertido ya que algo raro pasaba. Estaban aguardando, formando en el porche y en la calle una especie de círculo. Al ver salir a Flanagan de espaldas, ese círculo se hizo más temeroso y ancho.

—¿Vamos al centro de la calle, Flanagan?

—Sí. Quiero que todos vean tu muerte. Además, para que no la olviden con facilidad, haré que dure un buen rato.

—¿Y tus esbirros? ¿Van a servir de testigos?

—Ellos también pelean —sonrió Flanagan—. Además, les voy a dar la preferencia. Si no los vences a ellos no eres merecedor de enfrentarte conmigo.

—Eso no es más que una bravuconada, Flanagan.

Rechinaron los dientes del pistolero.

—Ya demostré una vez que puedo contigo. Puedo con cualquier hombre que se atreva a enfrentárseme. Un pelele como tú ha de servir como entrenamiento para mis pistoleros. ¡Vamos, muchachos, despachadle!

Los dos sicarios se separaron un poco, con las manos a la altura de sus armas. Sus ojos estaban quietos, como hipnotizados, mirando a Luke Nova.

En la calle se había hecho un silencio aplastante. Los hombres, alejados de la trayectoria de las balas, contenían incluso la respiración.

Lorena, desde la ventana, lo contemplaba todo fanatizada por el horror, por el miedo, por algo muy semejante a la más negra desesperación.

—¿Piensas sacar el revólver tú también, Flanagan?

—No lo sacaré hasta que hayan caído mis dos hombres… si es que caen.

Los dos pistoleros estaban dispuestos ya. La distancia era de unos quince pasos, o sea que las balas resultarían mortales necesariamente. Luke miró a los dos y trató de calcular quién sacaría primero.

El de la derecha le pareció más peligroso. Tenía una luz más fiera y salvaje en las pupilas.

—¡Acribilladle! —rugió Flanagan.

Luke Nova se inclinó de costado, tanto que con su mano izquierda tuvo que tocar el suelo para no caer del todo. El revólver, que llevaba colgado bastante alto en contra de la costumbre general, saltó casi por su propio impulso. Sus dedos lo engarfiaron, y el índice se puso a actuar rabiosamente, con un compás de locura.

Nadie recordaba haber visto cinco balas disparadas con aquella celeridad. Nadie recordaba haber sido testigo de aquella especie de frenesí en un pistolero. Las balas llenaron de muerte una amplia zona de la calle, comenzando por la derecha de Luke. El hombre que estaba en aquel lugar, y que había «sacado» ya, recibió dos plomos en el pecho antes de haber podido darse cuenta de lo que sucedía. El otro, un poco más lento, tuvo tiempo de ver caer a su compañero. Fue a arrojarse al suelo, buscando ofrecer menos blanco, pero ya tres balas disparadas por el revólver de Luke estaban en camino hacia él. Las tres le alcanzaron en el diafragma, haciéndolo doblarse como un pelele roto.

Flanagan estaba tan asombrado que ni siquiera fue capaz de actuar a tiempo. Cuando extrajo un revólver, con ánimo de matar a Luke aprovechándose de su precaria situación, el joven ya se había vuelto hacia él y le estaba apuntando.

—Me queda una bala, Flanagan. ¿La quieres?

Flanagan estaba blanco, como un muerto.

—¿Vas a matarme? ¿Así, a sangre fría?

—Tú has matado a sangre fría a muchísimas personas, Flanagan. Pero no temas, no será esa misma tu suerte. Vas a morir a sangre caliente, a sangre hirviendo. ¡Suelta tus revólveres!

Flanagan, por primera vez en su vida estaba solo.

—¡Quieres asesinarme! —rugió—. ¡No eres más que un perro rabioso!

—¡Suelta tus revólveres, te digo!

A Flanagan no le quedaba más remedio que obedecer. Su enemigo le estaba apuntando. Se desabrochó los cintos, dejándolos caer al suelo, sabiendo que ésta era la última cosa que hacía en su vida. Una especie de ladrido de rabia, de sorda desesperación, de impotencia, comenzó a formarse en su garganta. Oyó las voces de los espectadores, unas voces roncas y excitadas que pedían su cabeza.

—¡Mátale!

—¡Tira a las piernas! ¡Hazle sufrir!

—¡Hiérelo y luego lo repasas a cuchillo!

Las voces, más salvajes cada vez, subían de tono. Un sudor frío, inundó en cosa de segundos las facciones de Flanagan. Supo que iba a morir, que iba a morir como mi perro en medio de la calle.

Por eso no pudo evitar una especie de alarido al ver que su enemigo soltaba también el revólver.

—¡Nuestra cuenta la ajustaremos con los puños, Flanagan! ¡Quiero destrozarte a golpes, convertirte en un guiñapo sin sangre!

Luke Nova se arrojó sobre él. Flanagan vio que los dos revólveres estaban aún a sus pies y trató de inclinarse para recoger al menos uno de ellos. Pero parecía como si Luke hubiera adivinado aquel gesto.

Su salto le dejó justamente a cuatro pasos de él.

Y cuando Flanagan se inclinaba, Luke Nova levantó la bota derecha con fuerza terrible. Su puntera se clavó en las facciones de Flanagan, triturándole la nariz y abriéndole una brecha en los labios. El golpe, sordo y seco, le despidió hacia atrás, igual que un muñeco. Un salvaje alarido se elevó de entre la muchedumbre.

—¡Esto no es más que el principio!

Flanagan estaba en el suelo, con los brazos en cruz, bebiéndose su propia sangre. Luke fue hacia él, lo levantó en vilo con sus dos

brazos de acero y le dio varias vueltas por encima de su cabeza, en un fantástico molinete. Luego lo arrojó como un fardo contra la rueda de un carro. El choque fue espantoso, y los radios debieron quedar marcados en la espalda de Flanagan. Éste lanzó un chillido de infrahumano dolor, mientras de su boca comenzaba a manar sangre igual que si sufriera conmoción interna.

—¡Mátale, Luke!

—¡Ya es tuyo!

—¡Hazle pasar las ruedas por encima!

Luke esperó a que su enemigo se levantase. Flanagan, con sólo dos golpes, estaba convertido en un verdadero muñeco. Avanzó, tambaleándose, sin ver. Luke le esperó con los puños preparados, y disparó los dos a la vez, con matemática precisión. Los dos ganchos cruzados arrancaron en seco las dos cejas del pistolero. El alarido de la muchedumbre fue esta vez tan entusiástico que pareció hundir la calle. Flanagan comenzó a lanzar aullidos de dolor, unos aullidos casi femeninos, mientras se llevaba ambas manos a su rostro destrozado.

Sacó el cuchillo que llevaba al cinto. Su mano derecha trazó locos movimientos de zigzag en el aire, tratando de encontrar a un enemigo al que era incapaz de ver.

—¡Desenvaina tú también, Luke!

—¡Ábrele en canal!

—¡Vénganos a todos!

La muchedumbre estaba ansiosa de ver caer para siempre a Flanagan. De no ser el espectáculo tan excitante, lo habrían arrollado todo, linchándole allí mismo. Pero esperaban ver cómo le exterminaba Luke Nova. Sin embargo, no desenvainó su cuchillo.

Dando vueltas alrededor de su enemigo, esperó a que éste atacase. Cuando Flanagan vino hacia él, se inclinó un poco de costado y, tras de esquivarle, le golpeó con el pie tras la rodilla, suavemente. Flanagan perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el polvo entre un aullido estentóreo y las salvajes risotadas de los que presenciaban la escena.

Luke le sujetó por las botas y, tendiendo los brazos, empezó a dar vueltas con él, como un molinete a ras del suelo. Flanagan gemía, aullaba y lanzaba imprecaciones horribles, sin querer soltar su cuchillo. Luke Nova le dejó al fin; debido a su propio impulso,

Flanagan fue volando contra la primera fila de espectadores. Éstos le recibieron a puntapiés, a puñetazos y a golpes de espuela, de modo que Flanagan, acosado como una fiera rabiosa, destrozado por completo, tuvo que correr a gatas hacia el centro del círculo que los espectadores formaban. Luke le esperaba allí.

—Debería rociarte con petróleo y prender fuego —silbó—. Tú lo hiciste una vez en una escuela donde había niños inocentes. ¡Pero quiero que sigas viviendo, maldito Flanagan! ¡Quiero que sigas viviendo para esto! ¡Y esto! ¡Y esto!

A cada nueva frase le propinaba un salvaje puntapié. Flanagan no podía respirar siquiera, tanto era su dolor. Soltó de una vez su cuchillo, lanzándolo con fiera rabia contra Luke, pero éste lo detuvo secamente.

Luke hizo entonces algo que nadie esperaba. Dejó caer a Flanagan en el carro contra cuya rueda le lanzara antes, y de un disparo segó la cuerda que sujetaba al caballo a la barra. Para esto no tuvo más que recoger uno de los tres revólveres que había en el suelo. El animal, excitado, emprendió un salvaje galope, haciendo retroceder en confuso montón a los espectadores.

—¿Le dejas escapar?

—¡Estás loco!

—¡Flanagan merece la muerte!

Luke Nova se pasó cansadamente una mano por los cabellos. Sus puños estaban manchados de sangre.

—Claro que la merece. Y la tendrá, no hay duda. Pero ahora no podía matarle, porque él me perdonó la vida una vez. Lo he dejado como él hizo que me dejaran a mí. Estamos en paz. Pero si vuelvo a encontrarle… entonces habrá sonado sin remisión su última hora.

CAPÍTULO VII

LA ENCRUCIJADA

Lorena estaba blanca como el papel. Había temblor en sus labios.

—Luke… —susurró.

Los dos se miraron. Él desde la puerta de la habitación, ella desde la ventana a través de la cual había presenciado la pelea. En los ojos de la mujer había gozo, terror, frenesí. Había una excitación tan grande que Luke no supo comprender lo que sus pupilas decían.

—¿Por qué no le has matado? —susurró ella—. ¿Por qué?

Hubo una mueca despectiva en los labios del hombre.

—Por una razón bien sencilla.

—¿Cuál?

—Lo he dejado vivo para que puedas ir tras él. Para que puedas declararle tu amor y seáis felices, si tanta es la pasión que sientes.

Pareció como si Lorena hubiera recibido una bofetada en pleno rostro. Incluso dio un paso hacia atrás.

—¿Por qué dices eso, Luke?

—Porque tú misma confesaste hace poco que amabas a ese perro. Y ésa es una de las razones por las que le he dejado con vida.

Lorena iba a contestar algo, pero en ese momento se produjo un gran tumulto junto a la puerta de la habitación. Eran más de quince hombres los que avanzaban en apretado grupo, dispuestos a entrar. Casi derribaron a Luke, de tanto entusiasmo que pusieron en abrazarle.

—La Junta de Vecinos de Abilene acaba de tomar una decisión —dijo el que parecía más respetable de todos ellos, tras imponer silencio con gran trabajo—. Ha sido usted elegido unánimemente

como *sheriff* de esta ciudad.

Luke Nova movió la cabeza de un lado a otro, negando.

—No tengo ninguna clase de ambiciones. Ni podré estar en Abilene demasiado tiempo. Harán ustedes bien en escoger a otro hombre con más aptitudes que yo…

—¡Pero si no hay otro! ¡Si ha logrado destrozar a Flanagan, el invencible!

—No olviden que mi victoria ha sido con los puños. Todavía no he vencido a Flanagan con el revólver en la mano.

Eso, en cierto modo, era verdad. Por el contrario, una vez, en duelo abierto, Flanagan le había vencido a él. Los hombres se miraron, un poco perplejos, y los ojos de Luke fueron hacia Lorena, por cuya espalda acababa de pasar en este momento como una corriente de aire frío.

—Si Flanagan vuelve aquí, habrá que enfrentarse a él con los revólveres, no con los puños —dijo Luke—. Deben pensar en eso.

—¡Pero usted ha acabado con todos sus pistoleros! ¡Usted ha deshecho su banda en unos pocos días, y para eso sí que ha empleado el revólver!

Luke se encogió de hombros.

—Simple cuestión de suerte.

—Acepte usted el cargo —pidió el mismo anciano que había hablado por primera vez—. Toda la ciudad le estará agradecida. Sólo ha cometido usted una torpeza, y es dejar a Flanagan con vida. ¡Ahora todos sabemos que Flanagan volverá alguna vez, y entonces necesitaremos hombres de su temple para destruirlo!

—Yo ya no estaré en Abilene.

—¡Pero tiene un deber! —dijo el anciano—. ¡Usted nació en esta ciudad!

Hubo un rictus de amargura en los labios del joven.

—No quiero dejar sin marido a determinada dama famosa por su hermosura. Y sobre este asunto no tenemos ya más que hablar. Les ruego ofrezcan el cargo a otro. Buenas noches, señores.

Hubo un general gesto de decepción, y el grupo iba a disolverse, dando la misión por fracasada, cuando en ese momento se oyó la voz firme de Lorena:

—Luke, debes aceptar.

Todos se volvieron hacia ella. Hubo en los ojos de los hombres

chispitas de admiración, de deseo.

—¿Qué dices, Lorena?

—Digo que debes aceptar.

—Sabes perfectamente que entonces no podré marchar de Abilene. Que mi nuevo choque con Flanagan será inevitable.

—Lo sé…

—Entonces…

Hubo un rictus de desesperación en los labios de la mujer. Un rictus casi agónico, tan amargo era. De repente sus manos se tendieron un poco hacia Luke Nova, sin tocarle. Sus ojos extraviados se posaron en su rostro con una expresión desolada.

—¿Pero es posible que me hagas caso, Luke? ¿Es posible que hayas creído en mis palabras cuando te he dicho «acepta»? ¡Jamás podría desear una cosa así! ¡Jamás! ¡No quiero que vuelvas a enfrentarte con Flanagan! ¡Sé que te mataría!

El anciano la miró duramente.

—No lo comprendo. Ha sido usted misma, hace unos momentos, quien le ha dicho que aceptase.

—Quería saber si influyo sobre él lo bastante como para hacer caso de una locura semejante.

—Se ve que está usted acostumbrada a influir mucho sobre este hombre, señorita Gladis.

—Lo estaba. No sé si ahora somos lo que fuimos, y por eso le he hablado así.

Miró a Luke.

—Sé que me hubieras hecho caso, y te agradezco —musitó—, pero si algo significa mi palabra para ti, no cometas la insensatez de aceptar. Sería como aceptar tu muerte.

Luke se mordió los labios.

—Basta que tú digas lo contrario para que yo tenga deseos de colgarme la estrella, Lorena. No me gusta tu actitud.

Había un brillo de auténtica desesperación en los ojos femeninos.

—No me has comprendido, Luke. Tendrías que ser mujer para comprenderme. Pero yo sólo he querido saber si mis deseos aún seguían influyendo en ti, como en otro tiempo. Ahora, si eso es cierto, te ruego con toda mi alma que no aceptes. Di que le den la estrella a otro. Tú eres aún demasiado joven para morir.

—¿Es que crees que Flanagan me mataría?

—Sí.

La mujer había contestado sin la menor vacilación.

A pesar de la salvaje pelea, a pesar de haber visto a Flanagan convertido en un muñeco sangrante, aún seguía considerándole invencible. Porque en cuanto Flanagan empuñase un revólver las cosas serían muy distintas. Por eso repitió, con voz que destilaba amargura:

—Flanagan no volverá solo. Reclutará nuevos pistoleros en cualquier lugar de esta tierra; y tú, en cambio, no podrás reclutar agentes. Los que estén a tus órdenes desertarán ante el peligro. Burton era buen tirador, y ya viste lo que le ocurrió. Tú eres buen tirador, y Flanagan resultó más rápido que tú. Aunque tus puños sean de acero, aunque puedas arrancarle hasta la última tira de piel, con el revólver no podrás vencerle. El revólver es lo suyo, y la próxima vez él planteará las cosas en el terreno que más le convenga. No aceptes, Luke. Morirás si te dejas colgar la estrella.

Luke Nova se mordió los labios. Sus ojos se posaron un instante en las tablas del suelo, con tristeza y con rabia al mismo tiempo. Al fin preguntó:

—¿Qué harás tú, Lorena?

—¿Yo? Salir mañana mismo de la población.

Luke se mordió los labios con tal fuerza que se hizo sangre en ellos.

—Lo lamento, señores. Pero no puedo aceptar.

—¿Debemos entender que tiene usted miedo? —preguntó el anciano.

—Califíquelo como quiera.

—A Luke Nova no puede llamársele cobarde —dijo una voz levantándose del grupo—. Se ha enfrentado dos veces a Flanagan y a sus pistoleros, y dos veces ha destruido su banda. Lo único que hemos de hacer es lamentar que no acepte el cargo de *sheriff*.

—Hubiese usted hecho una bonita carrera política en la población —dijo el anciano.

—No tengo ambiciones políticas.

—Bien, en tal caso no hay nada más que hablar. El cargo de *sheriff* seguirá vacante en Abilene por algún tiempo, ya que nadie se atreverá a aceptarlo. Pero cuando Flanagan muera o se marche de

este estado, los valientes brotarán como los hongos en otoño. Ya estamos acostumbrados a eso… Buenas noches, Luke Nova. Y permita que le diga por segunda vez que se ha portado usted como un imbécil al no matar a Flanagan.

—No podía matarle esta vez —dijo secamente Luke Nova.

—Bueno, bueno, yo no trato de discutirle lo que usted podía o no podía hacer, según sus extraños sentimientos. Pero algún día lamentará el que Flanagan continúe vivo. Se lo prometo.

El anciano dio media vuelta y salió de la habitación, sin dirigir una última mirada a Lorena y al que en un tiempo pasado fue su discípulo. Los hombres que formaban el grupo le siguieron en silencio. Luke y Lorena quedaron solos en la habitación. Y los dos, tuvieron, conciencia de su soledad, de su absoluta soledad, como si ésta fuese una niebla que los aislara del resto del mundo.

—Tienes mucho interés en que no mate a Flanagan, Lorena —dijo él despectivamente.

—Puede que sea interés por que Flanagan no te mate a ti.

—Y si eso ocurriera, ¿a ti qué te importa?

La mujer tembló.

—No me comprenderás nunca, Luke —musitó en voz baja—. Eres incapaz de comprender que a veces una mujer necesita mentir para salvar una vida. Que necesita fingir sentimientos que no tiene para evitar un mal que la destrozaría para siempre.

—Es ahora cuando no te comprendo.

—Y sin embargo no puedo hablarte con más claridad, Luke. Creí que Flanagan te vencería. Y dije estar enamorada de él para que sintieras asco de los dos y abandonaras la lucha. Creí que con esto te salvaba, Luke, porque estaba segura de que Flanagan te mataría.

—¿Es eso cierto, Lorena? —susurró él acercándose—. ¿Es verdad que no amas a ese canalla?

—Nunca le amé.

Temblaron los brazos del hombre.

—¿Ni cuando erais prometidos?

—Ni entonces.

—¿En tal caso, porqué accediste a casarte con él?

—Porque no podía elegir, Luke. Yo acababa de dejar entonces mis ropas de muchacha para vestir las de mujer. No sabía nada de lo que es la vida. No sabía nada de lo que son los hombres.

Flanagan me impresionó porque parecía tan seguro de sí mismo, tan dueño de sus actos, tan… ¡Oh, Dios mío, hay docenas de cosas en Flanagan que pueden impresionar a una mujer de veinte años! Pero no le amaba. Algo me decía, me avisaba, de que existía entre los dos un abismo. Cuando supe quién era, te juro que me dolió, pero no me sorprendí…

—Yo fui testigo de todo esto —murmuró roncamente Luke—. Supe que ibas a caer en sus brazos como se cae a un pozo sin fondo. Supe que tu vida iba a terminar cuando te unieras a él… ¡Y no podía decírtelo! ¡Eras para mí el ideal que nunca podría alcanzar, al que no podría hablar siquiera! Cinco años he soportado la tortura de creer que ya pertenecías a otro hombre, Lorena. Durante cinco años te he llevado en cada latido de mi corazón, en cada arrebato de mi sangre, en cada contacto de mis dedos. ¡Y ahora estás aquí, Lorena! ¡Y me dices que no amas a Flanagan! ¡Que, por el contrario, querías salvar mi vida! ¿Es eso cierto? ¿Puedo creer que no se trata de un maldito sueño?

La mujer temblaba, muy cerca de él, apoyada en la puerta. Parecía como si quisiese mantenerla cerrada. Luke veía temblar sus labios, sus párpados, toda su piel.

—Es muy extraño lo que me ocurre, Luke. No sé explicarlo. Es como si todo lo que en mi vida hubo de puro, de hermoso, volviese a existir ahora. Es como si tú lo resumieses todo. ¡Pero no sé lo que siento, Luke! ¡Sólo sé que no puedo separarme de ti!

Los dedos, como garfios de hierro, sujetaron los hombros de Lorena.

—¡Repite eso!

—Tenemos que marchar lejos —susurró Lorena, clavando su mirada en él—. Ni tú ni yo tenemos familia. No tenemos a nadie… Vayámonos de aquí y dejemos hablar con libertad a nuestros corazones. En este país hay tierra de sobra para dos seres que quieran comprenderse.

—Lorena, si eso fuera cierto…

—¿Por qué no? Nada nos retiene aquí. Mañana parte una diligencia hacia California. Podríamos partir juntos, como dos amigos que han decidido correr los mismos avatares. Sólo una condición impongo, y es ésta: no usarás el revólver.

—Aquí hace falta usarlo. Lo exigen para cualquier empleo. ¿Cuál

será, si no, mi medio de vida?

—La música.

—¿Qué dices?

—Sí, la música… ¿Por qué no? Ya entonces tenías geniales aptitudes para ella. Componías canciones con una extraordinaria facilidad. Las ciudades de California te abrirán sus mejores puertas si quisieras trabajar en ese sentido. Yo podría ser una gran ayuda para ti, porque sé cantar. ¡Quién sabe la de nuevas posibilidades que se abrirían para nuestro destino!

La presión de él en los hombros de la mujer se hizo más suave, más acariciante.

—Si sé que no te vas a alejar de mí, ninguna otra cosa me importa.

—Nunca me alejaré de ti, Luke… —musitó ella—, mientras no vuelvas a empuñar el revólver.

CAPÍTULO VIII

DOS AMANTES DE LA PAZ

La promesa de Luke Nova había sido solemne. Cuando llegaron a Phoenix, en Arizona, deteniéndose en la ciudad tras haber hecho una parte de la ruta de California, el joven no llevaba revólveres.

En Phoenix, entonces en plena efervescencia de forasteros y gentes de gatillo, donde todos los saloons se dedicaban a espectáculos procaces y lo más atrevidos posible, había un teatro —de poco público, ésa es la verdad—, que presentaba números musicales aptos para familias.

Normalmente iban a parar allí las cantantes ya demasiado viejas para actuar en los tabladillos de los saloons. Una vez en el teatro se vestían faldas largas, se abrochaban hasta el cuello y lanzaban gorgoritos al aire con cara de respetables damas. La verdad era que los espectadores o sentían pena o se lo tomaban a risa. El teatro iba de mal en peor.

Por eso su empresario, míster Talbot, se quedó como petrificado al ver entrar a aquella beldad en su despacho, acompañada de un joven que tenía toda la apariencia de ser un caballero.

Ni siquiera llevaba revólveres, lo cual, en una ciudad como Phoenix, era un detalle de buen gusto casi suicida.

Pero lo que realmente le interesó a míster Talbot fue la mujer. No recordaba haber visto en su vida una cosa tan perfecta, tan fina, tan tentadora, tan… Bueno, es mejor no continuar. Ni siquiera recordaba haberla visto en sueños, y eso que míster Talbot soñaba tales cosas que su mujer le habría abierto la cabeza con el rodillo de amasar, caso de saberlo.

—¡Oh, siéntense! ¡Siéntense! ¡Disculpen la modestia de mi despacho y el polvo que hay en todas partes! Estoy haciendo obras, ¿saben? Obras de ampliación. En vista del éxito cada día mayor de mi teatro, tengo que montar una instalación más completa. Ustedes no vendrán a cobrar ninguna factura, ¿verdad? —añadió con expresión recelosa.

—Sí; nosotros cobraremos facturas, pero más adelante —sonrió Lorena—. Primero le haremos ganar su importe a usted. Nuestra pretensión es ni más ni menos que trabajar en su teatro.

Míster Talbot se quedó boquiabierto. Acostumbrado a recibir ofrecimientos de artistas viejas o fracasadas, no sabía qué decir.

Resolvió, al fin, ser honrado:

—Mire, señorita, Phoenix es una ciudad donde una mujer como usted puede hacer una fortuna. Me disculpará si me meto donde no me importa y si hago alguna alusión poco correcta a sus excepcionales atractivos físicos. Pero una mujer que tiene todo lo que usted tiene, ¡qué diablos!, puede convertirse hoy mismo en la estrella del saloon más exigente. Y desde luego puedo asegurarle que el saloon más exigente paga a sus artistas bastante mejor que yo.

Lorena esbozó una sonrisa de mujer de mundo.

—Vengo, o mejor dicho, venimos desde Abilene, señor Talbot. Durante el viaje hemos oído decir que usted es el único que presenta espectáculos decentes en toda esta zona.

—Eso es cierto. ¡Pero así me van las cosas! —dijo Talbot, llevándose las manos a la cabeza.

—¿No dijo antes que necesitaba ampliar la instalación?

—Si hace usted caso de todo lo que yo diga, acabará en la cárcel.

—Bien, señor Talbot, de un modo u otro, y precisamente porque sus espectáculos son decentes, queremos trabajar para usted. Yo canto, y mi compañero, el señor Luke Nova, compone la música.

—¡Ah! ¿Así no son ustedes marido y mujer?

—Somos simplemente compañeros en nuestro trabajo.

—¡Magnífico! ¿Y me sería posible oír alguna de sus composiciones?

—Naturalmente. Si ese piano que usted tiene en el rincón funciona, el señor Luke Nova me acompañará.

—Funciona, desde luego. Y estoy dispuesto a oírles.

Luke se sentó al piano e interpretó una de las canciones que había ultimado recientemente. Era una pieza nostálgica, suave, un poco triste. Lorena la cantó con una voz bien timbrada, de suaves tonalidades, que impresionaron sinceramente a Talbot. Pero lo que más le impresionó fue la chica en sí. Cuando ella terminó de cantar, él estaba blanco.

—Desde luego, pueden ustedes actuar en mi teatro. Les contrataré por todo el tiempo que ustedes fijen. ¿Cuánto desean cobrar?

—Diez dólares por noche —dijo Lorena.

—¡Hum! Es justo el doble de lo que pago a los otros, pero acepto. ¿Pueden empezar hoy mismo?

—Por supuesto que sí.

—¡Magnífico! Tendré que cambiar los decorados, variar el orden de algún número y encargar carteles de propaganda. Pero para todo eso hay tiempo de aquí a la noche. ¿Dónde se hospedan? Antes de la función conviene que hagamos un pequeño ensayo.

—Muy razonable —dijo también Lorena—. Nos hospedamos en el hotel Holser. Puede pasamos recado cuando guste.

Se despidieron de Talbot y salieron a la calle. Luke Nova no había despegado los labios aún.

—Es el primer trabajo que hacemos juntos —dijo Lorena—. Pero no pareces muy satisfecho. Todo he tenido que concretarlo yo.

—Sabes que esto no me gusta, Lorena. No me gusta esta vida. Ni los teatros, ni los empresarios, ni la música.

—Yo te enseñé, Luke, y tú sentías entonces una gran afición por ella.

—Porque procedía de ti. Porque tú eras como mi música, como la única que entendía y que yo amaba. Pero esto es muy distinto. ¡Además, no me gusta ir sin revólveres, demonio!

—No me negarás que así tienes un aspecto mucho más respetable.

—Mi aspecto no me importa.

—Pero me hiciste la promesa de no usar armas, Luke —susurró Lorena—. Recuérdalo.

—Y la cumplo porque te la hice a ti. Y he venido a Phoenix y me veo envuelto en esto porque no quiero separarme de ti. ¿Pero qué es

lo que en realidad pretendes, Lorena? ¿Qué buscas con todo esto?

—Centenares de hombres mueren violentamente cada día en las ciudades del Oeste —dijo ella en voz baja—. Acuchillados, acribillados a balazos, quemados dentro de los edificios… Sólo pretendo que tú no seas uno más de ellos, Luke; que no pertenezcas a esa horrible lista de muertos.

—Eso estaría muy bien si no existiesen hombres como Flanagan. Pero, mientras existan, los hombres que no quieran ser pisoteados tendrán que llevar revólver.

Estaban llegando ya al hotel. Lorena se detuvo.

—No menciones a Flanagan.

—Perdona, no ha sido mi intención molestarte —dijo Luke, taciturno—. Sube a tu habitación y encarga el almuerzo para ti sola, si te parece. Yo iré directamente a la mía y trataré de dormir un rato. No tengo apetito. Pero antes voy a dar un paseo por la ciudad.

Iba ya a alejarse. La muchacha le sujetó por un brazo suavemente.

—Luke…

—¿Qué?

—No sabes lo que tu vida significa para mí. Quiero que vivas, Luke. Prefiero morir yo a verte algún día atravesado por el plomo.

Él la miró intensamente al fondo de los ojos.

—Somos unos compañeros muy extraños, Lorena… Buenas tardes.

* * *

Aquella noche, como de costumbre, había muy poca gente en el teatrillo de Talbot.

Los carteles anunciando una nueva estrella no habían llamado la atención de casi nadie. La mayor parte de los espectadores tenían un aspecto aburrido, pesimista, y parecían dispuestos a soportar unas horas de tedio mortal, oyendo gorgoritos.

Pero cuando apareció Lorena, los ojos de todos aquellos tipos se agrandaron. Sus manos empezaron a moverse, sus cerebros embotados empezaron a pensar cosas, cosas, cosas… Había algo que les hacía estremecerse.

El éxito de aquella noche fue apoteósico. La noticia de que una gran artista —y que además, dicho sea de paso, era una mujer

fenomenal—, actuaba en el teatrillo de Talbot, corrió durante las veinticuatro horas siguientes por Phoenix con la velocidad del fuego sobre un reguero de pólvora.

A la noche siguiente no se podía dar un paso en el local.

Pero también la naturaleza del público había cambiado. Todos los rufianes de los saloons estaban aquella noche allí, dispuestos a deleitarse con la visión de aquella escultura viviente. Tuvieron un desengaño al ver que Lorena aparecía vestida, y a partir de ese momento las cosas empezaron a ir mal.

—¡Hace calor, nena!

—¡Con esa coraza no puedes moverte!

Las frases subían de tono. Talbot mismo se frotaba las manos una y cien veces, sin saber qué decisión tomar. En su teatrillo no tenía matones a sueldo para que arrojaran a los alborotadores. Con una mueca de sufrimiento comenzó a oír frases como jamás había escuchado en su vida, relativas a las maravillosas e invisibles perfecciones físicas de Lorena. Ésta, acompañada al piano por Luke Nova, seguía interpretando para aquel público una canción que hubiera deleitado a gentes más selectas, pero que todos aquellos pistoleros no entendían. Y en el rostro de la mujer había también una mueca de sufrimiento.

La canción terminó, y mientras Lorena se inclinaba, Luke Nova volvió un poco el rostro hacia el público. De no haber estado todos tan absortos en la contemplación de la mujer, se habrían dado cuenta de que los labios del hombre estaban bañados en sangre. Con tal rabia se los había estado mordiendo mientras duró todo aquello.

Poco después, Lorena se dejaba caer desalentada en el pequeño silloncito de su camerino, frente al tocador. Le ardían las sienes y tenía las mejillas muy blancas, como si en ellas no hubiese sangre.

Luke Nova entró.

—No debieras haber venido, Luke. Tengo que cambiarme para el próximo número.

—No habrá próximo número, Lorena.

La mujer se volvió hacia él. Hubo en todo su cuerpo un estremecimiento.

—¿Qué quieres decir, Luke?

—Que vamos a marcharnos inmediatamente de la ciudad.

—¡Pero hemos firmado un contrato con Talbot! ¡No podemos marcharnos así! ¡No debemos hacer caso de que esta noche cuatro sinvergüenzas…!

Se había levantado, con la excitación. Luke no la dejó continuar. Bruscamente la obligó a sentarse de nuevo.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué es lo que te proponías, Lorena?

—¿Cuándo? ¿Al venir aquí?

—Aquí o a otro sitio, ¿qué más da? Lo que necesito saber es qué te proponías al adoptar esta vida. Qué interés tenías en hacer de mí un pianista y de ti una cantante para público selecto, de ésas a las que nadie escucha.

Lorena recogió la frase mordiéndose un instante los labios.

—No deberías hablar así, Luke.

—Hablo como creo justo. Y considero honrado decirte que te has equivocado, Lorena. Que me has hecho equivocarme a mí.

—Sabes que mi intención es honrada, Luke.

—¿Intención? ¿Cuál es, si puede saberse?

La mujer le miró fijamente a los ojos.

—Evitar que te conviertas en un pistolero.

—Sabes que no lo soy.

—Pero las circunstancias podrían obligarte a serlo. Conviene evitar esas circunstancias. Mientras actúes en los escenarios, mientras compongas música, te mantendrás alejado del revólver.

Luke se encogió de hombros.

—No tengo interés en matar a nadie. Lo sabes de sobra. Sólo para Flanagan tengo guardada una bala.

Lorena se estremeció otra vez. Sin proponérselo, Luke había dado en el blanco de los sentimientos de la muchacha.

—Flanagan es precisamente la causa de que haya querido alejarte de Abilene —dijo en un susurro.

—Pero ¿por qué? —Luke la sujetó por los hombros, zarandeándola—. ¿Es que acaso le amas aún? ¿Es que sientes algún interés por ese hombre?

—No.

—Entonces…

La mujer cerró un instante los ojos.

—Siento interés por ti, Luke.

La boca del hombre estaba muy cerca de la suya. Lorena

entreabrió los labios, temblando. Supo que jamás había deseado tan desesperadamente un beso como en aquel momento. Luke se la quedó mirando, sin atreverse a comprender, sujetándola todavía por los brazos. Y ese momento pasó. Lorena volvió a ser dueña de sí misma.

—No quiero que Flanagan te mate —dijo secamente.

Pero Luke ni siquiera la oyó. Ahora era él el que deseaba aquel beso, el que sentía latir muy cerca del suyo el cuerpo de la mujer. La aproximó un poco, mientras sus labios temblaban, mientras un estremecimiento sacudía por entero su cuerpo de gigante.

—Lorena… —susurró.

—Luke, no puede ser… —dijo ella con un hilo de voz, con un suspiro—. No sé lo que siento por ti, pero podría jurarte que es superior a lo que una mujer suele sentir por un hombre. También es distinto. Si me obligaran a explicarlo no sabría. Pero creo que tal vez pueda resumirse en una sola frase: no quiero que mueras…

—¿Y qué importa la muerte —susurró él—, después de haberte besado?

—Pero, Luke, hay muchas cosas entre los dos que son diferentes. Tengo la sensación de que podría convertirte en un desgraciado.

—Ya lo soy ahora.

—¿Por qué? ¿Es que no te gusta esta vida? Viajamos continuamente, podemos ganar dinero, llegaremos a crearnos un nombre, y tu música se interpretará un día en todos los lugares de esta nación.

—¡Mi música…! —dijo él, desdeñosamente.

—Y tus canciones, Luke.

—Eso es diferente —sonrió él, de una forma enigmática—. Estoy preparando una canción que tendrá un éxito arrollador. Además, la podrá entender todo el mundo. Pero lo curioso de esa canción es que yo sólo pienso interpretarla una vez.

—¿Una vez? ¿Y cuál es el título?

—Himno salvaje.

Temblaron los labios de la mujer.

—No me gusta.

—A mí, sí. Y basta ya de palabrería, Lorena. Vamos a marcharnos de aquí. No quiero que permanezcamos en Phoenix una sola noche más.

En aquel momento golpearon discretamente a la puerta.

—Su próximo número dentro de cinco minutos, señorita Gladis.

—Luke, déjame —susurró ella en voz baja—. Tengo que cambiarme. Te lo suplico; trata de ser razonable.

—Esos individuos que te aguardan impacientes ahí fuera no volverán a decirte nada más. ¿Sabes cuál va a ser tu vida en lo sucesivo? Volveremos a Abilene y abrirás de nuevo tu escuela. Yo buscaré un empleo en la misma ciudad. Seremos amigos como entonces, y si algún día cambias de pensamiento con respecto a esas misteriosas barreras que según tú nos separan, seré el más feliz de los hombres. Pero tú no volverás a cantar en público.

—Luke, hay algo que no comprendes —musitó ella, mirándole al fondo de los ojos—. Debo mucho dinero en Abilene. Había adquirido ya a crédito el local para la escuela, pero no puedo pagarlo. ¿De qué me servirá volver allí si no he de hacer nada provechoso? Deja al menos que gane algo de dinero, y de ese modo las cosas serán distintas cuando regresemos a Abilene.

—Es que tú no piensas regresar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque temes encontrar a Flanagan de nuevo. Y piensas que yo no podré vencerle con el revólver en la mano. Que él me matará a mí.

—Puede que haya pensado eso, Luke, pero ¿qué importa ahora? Aun no habiendo sido así, quedaría en pie lo del dinero. No lo tengo.

—Yo poseo algunos ahorros. Puedo ayudarte.

—No serían suficientes.

—Pero puedo trabajar. Pienso trabajar en Abilene con todas mis fuerzas, y convertirte en la mujer más respetada de la ciudad. No me obligues a rodar por todo el Sudoeste como un pelele que compone música, Lorena. Bien sabes que no me resigno a perderte, pero éste es un precio demasiado elevado para mí.

—Dame una última oportunidad, Luke —suplicó ella—. Ya hemos visto que no nos gusta esta ciudad. Déjame probar en otra.

—¿Cuál?

—Tucson, por ejemplo.

—Tucson y Phoenix son dos remiendos cortados por la misma tijera.

—Si en Tucson vuelve a suceder lo que ha sucedido aquí, regresaremos a Abilene. Te lo prometo. Pero permíteme al menos que pruebe en otro lugar.

Él se encogió de hombros, resignado.

—Está bien. Vayamos al hotel a recoger nuestro equipaje y salgamos de Phoenix esta misma noche. Hay diligencias dentro de media hora. No te preocupes por Talbot; al fin y al cabo, nos marchamos sin cobrar un céntimo.

Lorena accedió con un movimiento de cabeza, y ambos salieron del camerino. A la derecha, en la parte en que estaba el escenario, se oían los gritos y las maldiciones con que el público despedía a una cantante pasada de moda. Lorena aceleró el paso.

Media hora después habían recogido su equipaje, abonado su cuenta en el hotel y tomado dos asientos en la diligencia que se dirigía a Tucson.

En esa misma diligencia precisamente había llegado a Phoenix, diez minutos antes de que ambos subieran, un hombre cuyo rostro aún acusaba las huellas de una reciente y fantástica paliza. Iba bien vestido, sin embargo, y caminaba altivamente, seguido por dos hombres que le habían acompañado en el viaje, que se adivinaba en seguida eran sus guardaespaldas a sueldo.

Ese hombre miró los carteles que había pegados en la pared de la casa de postas, donde se reproducía en grandes letras el nombre de Lorena Gladis, y seguido de sus dos pistoleros emprendió el camino del teatrillo de Talbot. Todos los que le habían reconocido le miraban con temeroso respeto.

Pero Flanagan no sabía que iba a llegar tarde esta vez.

CAPÍTULO IX

LA RUTA LLEVA AL INFIERNO

En Tucson, Lorena no encontró sitio mejor para trabajar que un saloon llamado The Lazy Girls (Las Muchachas Perezosas), y al que acudía un público de borrachos y pistoleros cuyos rostros hubieran servido para ilustrar un libro sobre Sodoma y Gomorra.

Luke Nova la dejó hacer, pues sabía de sobra dónde terminaría todo aquello.

El contrato que firmaron por una sola noche, renovable por otros plazos iguales, ilimitadamente, si el espectáculo tenía éxito. El empresario, mirándola Lorena con ojos de entendido, dijo que sí lo tendría.

Pero en Tucson sucedió más o menos lo que había sucedido en Phoenix. O peor. El público se irritó al ver que Lorena se limitaba a cantar y que se comportaba en el escenario como una chica decente. Nada de eso interesaba en un sitio como aquél. De modo que comenzaron a oírse frases brutales, y los matones del establecimiento tuvieron que arrojar a varios exaltados tras clavarles un culatazo entre las dos cejas.

Luke, mientras interpretaba su canción al piano, se fijó ante todo en un individuo de unos treinta años elegantemente vestido de gris, que continuamente guiñaba el ojo a Lorena y le arrojaba cigarrillos encendidos a la falda.

Luke se juró a sí mismo que si el espectáculo duraba dos minutos más mataba allí mismo a aquel hombre. Pero el espectáculo duró un minuto y medio, exactamente.

Una vez en el camerino, Lorena se sorprendió ante la mueca

amarga que había en el rostro del hombre.

—¿Qué te ocurre, Luke? No debes hacer caso…

—Dijiste que éste sería el último intento, Lorena.

—Y lo será. Pero espera una noche más…

—Tú tienes un miedo inmenso a regresar a Abilene —acusó él—. No quieres volver a vivir lo que sucedió aquellas noches. ¿Y si yo te prometiera no llevar revólver? ¿Portarme como un hombre de paz?

Se iluminaron los ojos de Lorena.

—¿Podrías hacerlo, Luke?

—Me he ganado la vida con los puños y con el revólver durante unos años —dijo él—. Antes de regresar a Abilene, había boxeado como profesional en varios «*rings*» del Medio Oeste. Y había hecho apuestas en que intervenían las armas de fuego. Pero luego lo dejé y ahora no me costaría olvidarlo por completo. Seré un hombre pacífico si regresamos a nuestra ciudad, si tú haces lo que has soñado hacer durante toda tu vida.

—Pero si volviese Flanagan… —susurró ella.

—Estás obsesionada con ese hombre. ¿Por qué ha de volver? Habrá sabido ya que nos marchamos de Abilene. Y es allí donde menos se le ocurrirá buscarnos.

—Está bien, Luke, lo haremos así —exclamó ella con expresión feliz y a la vez decidida—. Nuestro contrato termina esta misma noche. Nos iremos de aquí en seguida.

En ese momento llamaron a la puerta. Lorena creyó que era alguno de los empleados e invitó:

—Adelante.

Pero era el tipo de los cigarrillos encendidos. Llevaba un gran ramo de flores en su mano izquierda. Y puso cara de aburrimiento y de asco al ver a Luke Nova allí.

—Largo —dijo.

—¿Qué quiere usted? —susurró Lorena, poniéndose en pie.

—Lo que quiero lo sabrás cuando estemos solos. Una exhibición de tus habilidades en privado no me vendría mal. Pero ante todo que se vaya ese mequetrefe.

—Prepara tus cosas —dijo Luke Nova a la mujer, con una insólita calma—. Ya ves que queriendo hacer «arte» aquí te has equivocado de medio a medio. Larguémonos cuanto antes de esta maldita ciudad de Tucson.

Ni siquiera miraba al desconocido, como si éste no estuviese allí. Pero el sentirse ignorado enfureció al de los cigarrillos hasta extremos inconcebibles.

—Dile a ese *pisateclas* que se marche —pidió con voz fría, mirando a Lorena.

—¿Y por qué ha de marcharse? ¿Quién es usted?

—Soy Daniel Potter, uno de los más ricos ganaderos de la comarca. Tienes porvenir conmigo, nena; te interesa escucharme.

—La señorita tiene ya su porvenir propio —dijo Luke en voz baja—. No le interesa cambiar.

—¡Le he dicho que se largue de aquí, mocoso! ¿A qué diablos está esperando?

—Estoy esperando a terminar de componer una canción —respondió Luke, con la misma calma.

—¿Una canción? ¿Ahora? ¿Quiere burlarse de mí?

—Sólo me falta ensayarla. Se titula Himno salvaje. Y sé que cuando me ponga a interpretarla ya no podré parar. Lárguese de aquí. Le conviene estar lejos cuando comience el ensayo.

El de los cigarrillos dejó caer el ramo de flores al suelo. Sus dos manos quedaron libres, y las colocó diestramente a la altura de los revólveres.

—No me gustan los farsantes —silbó.

—Ni a mí los payasos. Agradezca a su buena estrella el que yo no tenga un revólver en estos momentos.

Dos hombres habían aparecido en la puerta. Daniel Potter se volvió hacia ellos y silbó:

—¿Habéis oído? Prestadle uno, muchachos.

El que estaba más cerca extrajo un arma de su funda y la volteó hacia Luke.

Al sujetarla, y por el peso, adivinó éste instantáneamente que estaba descargada.

—Vamos, ahora ya tienes para defenderte —silbó Potter—. ¿O no sabes…?

Rechinaron los dientes de Luke Nova. Con todas sus fuerzas arrojó el revólver a la cara de Potter, mientras éste «sacaba». El disparo salió alto, llenando de ecos el camerino. Antes de que Potter hubiese podido apretar el gatillo de nuevo, Luke ya estaba sobre él, arrinconándole contra la pared del fondo. Con una mano le golpeó

fieramente la muñeca, obligándole a soltar el arma, y con el antebrazo de la otra le apretó el cuello, en una presa brutal, dejándole blanco instantáneamente.

Los dos pistoleros que estaban en el umbral «sacaron» también. Pero antes de que pudieran disparar, Luke ya había levantado a su jefe sobre su cabeza, lanzándoselo encima.

—¡Cuidado! —gritó Lorena.

Eran innecesarias todas las advertencias. Luke Nova sabía de sobra con qué clase de gente estaba luchando. Antes de que lograran reponerse, propinó un salvaje puntapié a la mano más cercana de las que empuñaban revólveres. Esa mano se crispó, soltando el arma. Luke se arrojó al suelo y la apresó entre sus dedos, al tiempo que dos disparos un poco altos rozaban su cabeza.

Uno de los pistoleros se había incorporado ya. Luke vio que había levantado también el revólver. Apretó el gatillo suavemente, casi sin apuntar, y la bala fue a clavarse mortal bajo la mandíbula de su adversario.

Los otros dos se habían levantado también, y trataban de correr hacia el pasillo.

Luke salió en su persecución.

—¡Alto!

Uno de los dos hombres se volvió, tirando al bulto. La bala rebotó en una de las paredes del estrecho pasillo. Luke, encogiéndose, hizo fuego dos veces, con una fanática decisión impresa en el rostro. Parecía en este momento la verdadera imagen del diablo. Daniel Potter, que era el único con vida, se volvió poco a poco.

Luke Nova hizo una mueca de hastío. No le gustaba ver la sangre de sus dos enemigos correr tan cerca de sus pies. E iba ya a arrojar el revólver al suelo, permitiendo a Potter escapar, cuando se dio cuenta por centésima vez de que no se puede jugar con alimañas. Potter había levantado ya su revólver, con un febril brillo de esperanza en los ojos. La bala de Luke Nova le destrozó uno de ellos, penetrando hasta el fondo de su cráneo.

Poco a poco, con la boca abierta, Potter cayó.

En el pasillo se había hecho un gran silencio. Luke miró a la mujer, que estaba muy pálida en la puerta de su camerino.

—Será mejor que nos vayamos de aquí.

—Ustedes no se van a ninguna parte.

La voz había sonado al fondo del pasillo, muy cerca del cadáver de Potter. Luke vio a dos individuos gruesos, de muy parecida catadura, que le miraban con las manos a la altura de sus revólveres.

Eran los matones del saloon.

—¿Qué quieren ahora? —dijo Luke—. Tenían que haber llegado mucho antes. Este hombre y sus secuaces han podido asesinar a Lorena.

—Este saloon pertenecía a dos dueños, y uno de ellos era Potter —dijo uno de los matones, señalando el cadáver—. No crea que puede usted matarle y largarse de Tucson tranquilamente. Hay aquí muchas cuentas que ajustar.

La derecha de Luke se crispó sobre la culata. Debían quedarle dos balas seguramente. Una para cada hombre…

—No deseo matar a nadie más —silbó—. Lárguense de aquí. Váyanse al diablo.

—Entra, Luke —susurró Lorena desde la puerta—. Ya ha habido bastante sangre esta noche. Finge que no les oyes, que no les ves… ¡Y suelta ese revólver, por Dios!

Luke no lo soltó.

—Lárguense, he dicho.

—Lo haremos cuando tú y la chica vengáis con nosotros. Esto no quedará así.

—Lorena y yo nos marcharemos de Tucson esta misma noche.

—Puede que lo hagáis con los pies por delante.

Luke tragó saliva lentamente. Sus ojos se oscurecieron un poco.

—Es mi último aviso…

—¿Ah, sí?

Los dos hombres, casi a la vez, «sacaron». Luke rugió:

—¡Vosotros lo habéis querido!

Tenía ya el revólver en la mano, pero no lo empleó hasta que sus enemigos hubieron extraído los suyos. Sabía que no podía fallar, porque sólo dos balas quedaban en sus cilindros. Y pegado a la pared del corredor, con los dientes apretados, dispuesto a matar o a morir, apretó dos veces el gatillo, rabiosamente. Sus dos enemigos cayeron hacia adelante sin haber logrado disparar. Los dos instantáneamente muertos.

Lorena, en la puerta, ahogó un grito de horror.

—Creo que lo más prudente será evaporarnos de aquí —dijo Luke con toda tranquilidad, mientras soplaba en el cañón de su revólver—. Prepara tus cosas, Lorena.

—¿Pero qué vamos a hacer? ¿Adónde vamos ahora?

Luke sonrió de un modo un poco cansado, triste.

—A Abilene —dijo, sencillamente.

CAPÍTULO X

LA CIUDAD DIABÓLICA

El hombre entró en el saloon y se apoyó en la barra. Ahora le seguían no dos guardaespaldas, como en Phoenix, sino cuatro. Posiblemente había considerado que aumentar su tropa era una medida de prudencia. Se apoyó en la barra y pidió un doble de ginebra.

—Inmediatamente, señor —dijo el empleado. Aquel rostro era muy familiar para él—. Desde luego, señor. Y paga la casa.

—Cuatro dobles más para mis hombres.

—Y tantos como usted quiera, señor.

Flanagan miró, satisfecho, a su alrededor. No había mucha gente en el saloon, porque eran las doce del mediodía, pero todos los presentes le miraban con respeto y hasta con un poco de admiración. Eso le hacía sentirse halagado.

Bebió su ginebra de un sorbo y dijo:

—Vengo buscando a un hombre y a una mujer.

El empleado de la barra pensó en seguida y de un modo automático que aquel hombre y aquella mujer era como si estuviesen ya muertos.

—Con esas señas difícilmente les encontrará, señor —dijo de todos modos—. Tucson es grande.

—No habrán pasado inadvertidos. Él es joven, rubio, y la mujer que le acompaña es el monumento más grande que ha pasado por las calles del Oeste. Se llama Lorena Gladis.

Hubo un sordo murmullo y un estremecimiento general en el saloon.

—¿Es que han pasado por aquí?

—Estuvieron en este mismo local hasta hace dos noches.

—¿Y por qué se fueron?

—A ella la molestó alguien. Concretamente Potter, uno de los hombres más poderosos de la ciudad. El tipo que la acompañaba, ese angelito llamado Luke Nova, perdió los estribos y dejó ahí arriba, en el pasillo, media docena de muertos. Nadie lo hubiera dicho de él, sabiendo que se dedicaba a componer música.

—¿Música?

—Sí, y ella la cantaba. Formaban una pareja muy bien compenetrada, señor. Ella tenía una voz de oro, y una cara, y un tipo, y un…

Dejó de hablar, tartamudeando, al ver el brillo asesino que había en los ojos de Flanagan.

—Lo mismo que nos dijeron en Phoenix, jefe. Se dedican a trabajar por los escenarios. Pero son ellos, no hay duda —murmuró uno de sus guardaespaldas.

—¿Hacia dónde marcharon? —preguntó Flanagan.

—Hubo quien les vio al día siguiente tomando billetes para Abilene, en la parada de diligencias.

—¡Abilene! —murmuró Flanagan, para sí mismo—. ¿Habrán sido tan locos como para intentar volver allí?

Flanagan podía contratar pistoleros y esquivar la acción de la justicia en cualquier lugar del Oeste, pero en Abilene con mucha mayor facilidad aún. Abilene era su feudo. No en vano había merodeado durante años enteros por los alrededores de la población. Al ir hacia allí, Luke y Lorena se habían metido en la boca del lobo.

—Saldremos inmediatamente —murmuró dirigiéndose a sus hombres—. Hay trabajo en Abilene. Un trabajo tan sencillo como cazar y degollar a dos liebres que tratan de escaparse.

Después de esta frase brutal, pareció meditar un instante.

—Componer música y canciones… —susurró—. ¡Qué raro! ¿Qué se habrá propuesto Lorena hacer con ese hombre…?

* * *

Lorena le miró al fondo de los ojos.

—Tienes que olvidarte de que existe el revólver, Luke. Debes ser

a toda costa un hombre de paz.

—¿Por eso te gustaría que me dedicase a la música, no? Porque es una profesión lo más alejada posible de toda idea de violencia.

—Sí, Luke. No puedo ni quiero mentir. Tú eres algo más que un simple pistolero.

—Ojalá no te provoquen, Lorena —dijo él en voz baja—. Para complacerte y ser un hombre de paz aguantaré todo lo que venga dirigido a mí. Pero que nadie trate de ofenderte en Abilene porque ése será como si ya hubiese muerto.

—Muchas de las cosas que puedan decirme carecen de importancia, Luke. Los hombres son salvajes aquí, pero por eso mismo no hay que hacer demasiado caso de lo que digan.

—Yo sí tengo que hacer caso, Lorena.

Estaban en el hotel, en el corredor que separaba sus dos habitaciones. La vida nocturna de Abilene, tumultuosa y llena de peligros, discurría bajo las ventanas que casi tenían al alcance de su mano. Un sordo rumor llegaba hasta sus oídos, como el que produce una fiera al despertar. A Lorena le parecía increíble que pudieran estar de nuevo los dos en aquella ciudad. Y tenía la angustiosa sensación de que ésta acabaría devorándoles.

—Te quiero —susurró Luke—. Te quiero desde que era un niño, desde que me parecías una mujer imposible, desde que eras la prometida del orgulloso Flanagan. Tengo la sensación de que te quiero desde el principio del tiempo. Debes comprenderlo, Lorena. Debemos unir nuestras vidas los dos.

Lorena se estremeció.

—¡No puede ser! ¡No deseo quererte, Luke! ¡No quiero de ningún modo enamorarme de ti!

—¿Por qué? ¿Qué te ocurre, Lorena? ¿Qué hay de malo en que trates de corresponderme?

—Sólo una cosa: que, si doy rienda suelta a mis sentimientos, si me dejo vencer por lo que siento hacia ti, mi sufrimiento no tendrá nombre. Será como una tortura que habrá de durar todos los días de mi vida… hasta que eso suceda.

—¿«Eso»? ¿A qué te refieres?

—A tu duelo con Flanagan.

—¡Estás obcecada por una cosa que no va a suceder, Lorena! Flanagan se marchó de aquí y no se le ha vuelto a ver. Nos lo han

dicho apenas llegar a la población. Aquella vez tuvo bastante, y es posible que no le queden ganas de insistir nuevamente. Lo más probable es que no se vuelva a acercar por Abilene en toda su vida.

Lorena cerró un momento los ojos.

—Quise que saliéramos de aquí y nos dedicáramos a una tarea completamente pacífica para arrancarte a este ambiente donde el gatillo lo es todo, Luke. Para que lo que esta tierra hizo de ti se borrara poco a poco. Pero ahora hemos vuelto a Abilene. Ahora hemos vuelto al infierno otra vez.

Una sorda desesperación latía en sus palabras. Luke le puso ambas manos en las mejillas, suavemente, y sus dedos de acero acariciaron la tersura de la piel de la mujer. Su voz, una voz donde latía una emoción tierna y honda, susurró:

—Si has hecho todo eso es porque me quieres, Lorena…

—Sí, te quiero —susurró ella, elevando los labios, que tenía entreabiertos—. Como nunca he querido a nadie, Luke. Ahora sé que eres el hombre de mi vida, el único que ha existido y el único que existirá. Pero sé también que nuestro amor será destruido por el plomó si no nos hacemos un firme propósito.

—¿Cuál?

—Vivir como si no existieran pistoleros en esta tierra. Como si todos sus habitantes fueran gentes de paz. Levantaremos nuestra escuela y nos aislaremos de todos los que creen en la ley del revólver. Sufriremos mucho, lo sé, pero algún día se demostrará que teníamos razón.

—¿Y estás segura, Lorena, de que para vivir en paz bastará con el simple deseo de hacerlo? ¿No será preciso ir eliminando a tiros los obstáculos que se interpongan en nuestro camino?

—Prométeme que no lo harás. Esos obstáculos terminarán apartándose por sí solos.

—Ojalá sea así —musitó él—. Haré lo que pueda.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Y allí, en el pasillo solitario, cerca de las ventanas por donde penetraba el sordo rumor de la vida nocturna de Abilene, sonó, lento y apasionado, el chasquido de su primer beso.

Luke Nova aceptó un empleo pacífico en el almacén más importante de Abilene. Ese empleo era el de contable.

Lo había ejercido tiempo atrás en una población de Arkansas, pero lo dejó porque era un suplicio para él. Ahora quería creer en las palabras de Lorena, quería imaginar que en Abilene era posible hacer algo sin la ayuda del revólver. Y se dedicaba intensamente a su trabajo, con entera atención, dando a Lorena parte de lo que ganaba para que pudiera pagar las deudas de su escuela.

Ésta no se había abierto aún. Lorena tardaría un mes en poder hacerlo. Pero la ilusión de estar realizando uno de los ideales de su vida hacía que la muchacha se sintiera más alegre y confiada que nunca, y que su belleza tuviera algo de resplandeciente, de luminoso, que hacía volver la cabeza a los hombres.

El nuevo patrón de Luke era un hombre grueso calvo, pacífico, pero que sin embargo también creía en la eficacia del revólver, para determinada clase de personas.

—Sufro al verle así, muchacho. En la ciudad seguimos sin *sheriff*, porque no hay ninguna candidatura realmente sólida. Usted era nuestra mejor esperanza, y la verdad es que no comprendo cómo le ha dado ahora por llevar el libro de caja…

—No me ha dado nada.

—Bueno, no es que quiera ofenderle, muchacho. Pero usted haría una labor mucho más eficaz si se dejase colgar la estrella. Lo de la contabilidad puede quedarse para los viejos.

—Me limito a ganarme honradamente la vida. Eso es todo.

—Bueno, allá usted…

Llevaban ya seis días en la población y no se había producido para ellos ningún síntoma de alarma. La ciudad estaba infestada de profesionales del gatillo, como siempre, pero ninguno de éstos había dedicado especial atención a Lorena ni a su enigmático acompañante. La mujer empezaba a creer que todos sus temores habían sido absurdos.

—Luke —dijo una noche—, he de pedirte un favor.

—¿Cuál es, Lorena?

—Puedes creerlo o no, pero tu música era realmente buena. Te la empecé a enseñar como para pasar el tiempo, hace años, y ahora podrías darme lecciones a mí, aunque sospecho que todo lo haces por complacerme, y que sientes en realidad tanta afición por la música como yo por la cría de gallinas. Pero aun así tienes que hacerme un favor.

—Tú mandas, Lorena. ¿Cuál?

—Componer una pieza que sea única. Una pieza para nuestro casamiento.

—¡Lorena!…

—Sí, Luke, la mejor canción de tu vida…

Le ofreció los labios de nuevo, para que él la besara muy suavemente, y ambos pensaron quizá en aquel momento, juntos por primera vez, que Abilene era una ciudad pacífica, donde había sitio para su amor.

En aquel mismo momento, desde una cercana colina, Flanagan señalaba las luces de las calles a los cuatro hombres que llevaba tras él.

—Entremos —ordenó—. Hemos tardado ya demasiado tiempo.

Capítulo XI

HIMNO SALVAJE

Flanagan decidió alojarse en las afueras de la ciudad, en una casa que sabía abandonada, junto con sus cuatro hombres. Por primera vez en su vida deseaba no llamar la atención.

A la mañana siguiente envió a uno de sus hombres, el menos conocido en Abilene, para que comprara provisiones y se enterara en algún saloon de lo que había por la ciudad. Él se quedó con los otros tres, engrasando los revólveres.

Un sordo deseo daba vueltas y más vueltas en su cerebro. Este deseo era uno solo y muy simple: matar.

Jamás había deseado tanto como entonces adueñarse de la ciudad entera. Lorena no podría escapar cuando él hubiese impuesto allí la ley de sus gatillos. Y esta vez no perdería el tiempo, como hizo tiempo atrás…

En cuanto a Luke Nova…

El pistolero a quien había enviado llegó al Great Saloon cuando en éste no había más que una docena de clientes. Arrojó una moneda sobre la barra, pidió ron y preguntó cómo estaba de chicas aquella tierra.

—Las hay —dijo el dueño, quien servía a aquella hora—. Pero está mucho más animado por la noche, amigo.

—¿Hay alguna que valga especialmente la pena?

—Sí, pero no está a su alcance.

—Eso lo veremos. ¿Cómo se llama?

—Lorena Gladis.

El pistolero cerró un momento los ojos, para que no se advirtiera

su brillo. Luego susurró:

—¿Tiene compañía?

—Sí. Un tipo llamado Luke Nova.

—No lo he oído nombrar. Y conozco a todos los buenos tiradores de esta tierra.

—Ése ya no quiere ser tirador. Se dedica a componer música.

—¿Y es así como defiende a la chica? ¿Con canciones?

El dueño del saloon rió por lo bajo.

—Nos dijo que preparaba una muy especial, pero que sólo la daría a conocer según las circunstancias.

—Me gustaría oírla. Y tal vez la oiga. Buenos días, amigos.

Salió de allí completamente seguro de que nadie le había reconocido. Pero aún no había traspuesto los batientes del saloon cuando, fijándose en su modo de llevar los revólveres, uno de los clientes musitó:

—Juraría que ese tipo se llama Clark Dawes, y que dio que hablar en Nevada hace un par de años. ¿Qué diablos hará aquí?

—No lo sé —dijo el dueño—. Pero podrías avisar a Luke Nova. ¡Quién asegura que no ha venido con Flanagan!

Fue el mismo cliente quien salió poco a poco para dirigirse, contoneándose bajo el fuerte sol de mediodía, al almacén donde trabajaba Luke. Y le explicó:

—Ha venido un tipo muy extraño al Great Saloon hace poco. Era sin duda un pistolero, y yo juraría que se trataba de Clark Dawes. Dando un pequeño rodeo con las palabras, se ha enterado de que estabas aquí.

—Eso no tiene nada que ver.

—Según como se mire. Ese tipo no habrá llegado solo. Y si ha venido custodiando a alguien, ése tiene que ser por fuerza… ¡Flanagan!

Luke no se inmutó.

—Gracias, amigo, pero eso es mucho suponer. Y si Flanagan ha vuelto aquí, por mí bien venido sea.

—¿Es que has renunciado a pelear con él, Luke? ¿Es que ahora le tienes miedo?

—No quiero proporcionar a la ciudad un espectáculo sangriento. Nada tengo que ver con Flanagan; ni pienso empuñar el revólver.

Luke Nova se mordió los labios al hablar así, porque dejando a

Flanagan con vida quedaba sin vengar su pequeña hermana, muerta años atrás, abrasada, en la escuela que Flanagan incendió. Pero trató desesperadamente de convencerse de que todas las cosas hay que olvidarlas algún día.

—Está bien, Luke. Ya diré por ahí que no quieres ensuciarte los anillos…

Media hora después se decía en la población que probablemente Flanagan había vuelto, en busca de Luke Nova, y que éste no quería luchar con él.

Lorena, que estaba ordenando objetos en el edificio donde había de instalar la escuela, fue una de las pocas personas que no se enteraron de la noticia.

Flanagan, entretanto, una vez hubo vuelto Clark a la guarida, reunió a sus cuatro hombres y se dispuso a actuar.

Sus pistoleros habían sido seleccionados con todo rigor. Cualquiera de ellos era capaz de enfrentarse a Luke Nova en lucha individual, y vencerle. Él mismo se sentía más seguro y rápido que nunca con el revólver en la mano. Y en la ciudad no había *sheriff*.

—Vamos a entrar en Abilene —decidió—, haciéndolo los cinco por lugares distintos. Nuestro punto de reunión será el centro de la calle principal, frente al Great Saloon. Si alguien se tropieza con Luke Nova que tire sin avisar, y que le remate si sólo le hiere. En caso de llegar a reunimos los cinco sin novedad, vosotros cuatro buscaréis a Luke Nova y os encargaréis de él. Yo me ocuparé de la chica.

Nadie protestó. Luke Nova les daba muy poco miedo si eran cuatro, contra él.

El sol caía a plomo sobre las calles de Abilene cuando los cinco hombres se pusieron en movimiento. Iban a pie, vestían ropas oscuras, y sus espuelas tintineaban suavemente sobre el polvo. Cada uno llevaba dos revólveres, y sus manos oscilaban suavemente al andar, rozando las culatas.

Flanagan fue el que pasó por delante del almacén donde Luke estaba trabajando. Claro que en ese momento no sabía que su enemigo estaba allí. Luke lo vio.

Hubiese podido matarle, descolgando cualquiera de los rifles que había en la tienda y disparando con él a través de los escaparates, pero no quiso hacerlo. Ni siquiera pareció importarle que Flanagan

hubiese pasado por allí. Siguió trabajando.

Sommer, un muchacho de unos quince años que ayudaba a Luke, le miró asombrado. Luego musitó:

—¿Ha visto?

—Sí, ¿y qué?

—¡Era Flanagan!

—Ya me he dado cuenta. Pero acabará aburriéndose y se largará de aquí.

—¡Ha venido a matarle! ¡Y Lorena también corre peligro!

La frase del muchacho hizo estremecer a Luke Nova. Pero aún no cambió de actitud. Sólo dijo:

—¿Quieres hacerme un favor, Sommer?

—¡Claro! Lo que usted diga.

—Avisa, por favor, a Lorena, para que vuelva al hotel. No le digas por qué. Sólo que yo se lo pido.

—Está bien. Voy en seguida.

Podía confiarse en la velocidad del muchacho. Antes de cinco minutos estaría allí. Luke trató de no pensar más en aquello.

Entretanto los cinco hombres se habían reunido y alrededor del Great Saloon, silencioso y vacío. La noticia de su llegada había alcanzado ya hasta el último rincón de la ciudad, excepto la escuela de Lorena.

—¿Nada? —preguntó Flanagan.

—Nada.

—Pero tiene que estar aquí. Se nota en el ambiente de la ciudad.

—Eso por descontado. Hay cosas que se huelen.

—¿Y la chica?

—Tampoco hay el menor rastro de ella.

Un relámpago pasó por los ojos de Flanagan.

—Si está en Abilene es por algún motivo especial. Y yo sé cuál es ese motivo.

Montó sobre uno de los caballos que había amarrados frente al saloon, sin que nadie le molestase, y ordenó a sus hombres:

—Encargaos de buscar a Luke Nova. Tiene que estar aquí. Pero que uno de vosotros me siga si al cabo de cinco minutos no habéis dado con él.

Picó espuelas y salió al galope. Por el camino pasó a un muchacho que iba corriendo, sudoroso, y al que no prestó atención.

Sabía que poco antes, cuando él raptó a Lorena, la muchacha había adquirido un local que estaba situado en las afueras de Abilene, y parte del cual no había podido pagar aún. Era de suponer que la encontraría allí, pues Lorena no renunciaba fácilmente a sus propósitos, y aún debía continuar obsesionada con la idea de su escuela.

Dejó el caballo a unos cien metros del edificio y siguió a pie.

El edificio era blanco, pequeño, y relucía bajo el sol, tan nuevo y cuidado estaba.

Flanagan sintió cómo una cosa muy extraña iba penetrando poco a poco en su sangre. Sentía la proximidad de la mujer como algo palpable, obsesionante, como si ya la tuviera entre sus brazos. Aquel silencio, aquella casa blanca y delicada, que se adivinaba regida por una mujer, aquella soledad. Todo esto penetró en su corazón y lo llenó de una fuerza salvaje. Todo esto le hizo pensar en Lorena como jamás había pensado en ninguna mujer. Y sus manos acariciaron el aire.

De repente ella salió. Iba sola.

Llevaba un vestido blanco, muy ceñido. Estaba más hermosa que nunca, más arrebatadora. Había en ella todo lo que Flanagan siempre deseó.

Se puso entonces a reír.

Reía de una forma diabólica, entrecortada, loca. Reía con una especie de alegría sádica, brutal. Vio a Lorena frente a él, mirándole con expresión de horror, y entonces saltó hacia ella.

Lorena trató de cerrar la puerta, pero ya no pudo. Flanagan puso el pie junto al quicio y lo impidió. Luego empujó con todas sus fuerzas; Lorena, vencida, cayó de espaldas a tierra.

—Flanagan… —susurró ella—. No puede ser… Trata de recordar que un día dijiste quererme… ¡Nooo!

Él clavó la bota en un costado, con todas sus fuerzas. La mujer se estremeció de dolor.

—¡Dios mío!

—¡Esto no es más que el principio! —rugió Flanagan—. ¡Espera…!

En aquel momento la puerta exterior se abrió del todo. Un muchacho de unos quince años apareció en el umbral, lanzando un grito.

Flanagan se volvió. Lo reconoció al instante. Comprendió entonces que Luke le había enviado para avisar a la muchacha, y extrajo un revólver con la fría decisión de matar. Pero en el instante que tardó en pensar esto y en empuñar la culata, Sommer ya había desaparecido.

—¡No puedes matarle, Flanagan! ¡Es un niño…!

—¿Que no puedo…?

A Flanagan le irritaban aquellas frases dictadas por la moral: «No puedes». «No debes». ¡Él podía hacer todo lo que su revólver le permitiese! Salió al exterior y tiró contra el muchacho, que se agazapaba tras unos arbustos. Tuvo la sensación de que le había alcanzado. Corrió hacia allí, dispuesto a rematarle, pero el muchacho ya no estaba.

Lanzando una maldición, Flanagan lo vio entre otros arbustos a unos veinte metros de distancia. Hizo fuego otra vez, con los dientes apretados, pero Sommer era como una ardilla. Lanzó una maldición y corrió hacia el nuevo refugio. Tampoco el muchacho estaba allí ya, pero había hacia el norte, entre unos peñascos, un rastro de sangre.

Flanagan dejó de perseguirle. Ya reventaría en el camino. Lo que le importaba ahora era Lorena.

Vio que ella, en ese breve espacio de tiempo, había cerrado puertas y ventanas, amontonando todos los muebles contra éstas. Flanagan sonrió siniestramente. Empuñó sus revólveres y se dispuso a hacer saltar a tiros la cerradura. Si no conseguía entrar así, pegaría fuego al edificio. No sería la primera ni la última vez que lo hiciese.

Sommer, entretanto, desfallecido y perdiendo sangre por una herida en la pierna derecha, estaba llegando a Abilene. Penetró en el almacén y se dejó caer sobre las tablas del suelo, jadeando.

—Flanagan… —susurró—. Lorena…

No pudo decir más. Perdió el conocimiento. Luke Nova se puso en pie y con movimientos frenéticos le levantó la cabeza. Vio que aún vivía. El dueño se acercó a él, temblando.

—Necesito pedirle dos favores —dijo con voz extrañamente fría.

—Usted dirá. Ya me hago cargo.

—El primero es que lleve a este muchacho al médico para que lo atiendan inmediatamente. El segundo es que me deje elegir un

doble cinturón canana y dos buenos revólveres. ¡Ah, y balas de calibre pesado!

—¿Qué pretende hacer?

—Nada —dijo Luke—. Tan sólo voy a dar a conocer una canción que tengo preparada hace tiempo.

Sin aguardar respuesta, se ciñó los cintos, puso plomo en ellos y eligió dos «Colt» Frontier de los de máximo calibre. Luego salió de la tienda. El dueño, que tenía un sentido muy especial del humor, le llamó:

—¡Eh, oiga! ¿Cómo se titula esa canción?

—Himno salvaje, si lo desea. Los cinco ataúdes, si le parece mejor.

Luke sabía ya que eran cuatro, además de Flanagan, los hombres que iban tras él, porque los había visto pasar frente al escaparate. Al salir encontró al dueño de la empresa de pompas fúnebres.

—Prepare cinco ataúdes —le ordenó Luke—. De los buenos.

—Con mucho gusto, señor. Digo… en seguida, señor.

Luke Nova salió a la calle. El sol blanco del mediodía recortaba su sombra sobre el polvo calizo de Abilene. Sus espuelas tintineaban al andar, poco a poco, una tras otra.

La ciudad estaba completamente desierta. Parecía como si sus habitantes hubiesen muerto de repente.

Sólo se oía el tintineo de las espuelas y el graznido de algunos pájaros salvajes que se dirigían hacia la pradera.

Nada más.

El resto era silencio.

Luke Nova se sabía observado por docenas de ojos invisibles. Caminaba con las manos a la altura de las culatas, rozándolas suavemente. Sus ojos parecían haber empequeñecido y había en ellos un brillo de fiebre.

Entonces sonó el primer disparo.

Había venido de su derecha, de unos porches completamente solitarios. La bala arrancó cabellos de la cabeza de Luke y le produjo como un desvanecimiento. Cayó a tierra, y eso le salvó la vida, porque dos balas más aullaron tras la primera, un poco más bajas. Pero al chocar con el polvo, Luke Nova había «sacado» ya.

Vio a su enemigo agazapado, tanto que sólo pudo identificarle por el brillo del revólver.

Tiró a su vez, sabiendo que fallaría. Y empezó a arrastrarse hacia el porche.

Cuando estaba a punto de llegar a las escaleras, su enemigo se descubrió para tirar. Luke le envió una bala del 45 para que se le clavase entre las dos cejas. El pistolero cayó a tierra lanzando un alarido.

Varios proyectiles resbalaron sobre el polvo.

Luke tuvo que dar un ágil salto sobre las tablas, para esquivar la próxima rociada. Se pegó a ellas y tensó todos sus músculos como un gato dispuesto a atacar. Cuando dos nuevos enemigos aparecieron tras la esquina, fue él quien les atacó a pecho descubierto. Saltó a la calle, la espalda arqueada, los dientes apretados en una mueca de odio, y sus dos revólveres vomitaron plomo hirviendo.

Hubo tres balas para cada hombre. Las tres penetraron en lugares vitales y exterminaron sin hacer sufrir. Luke notó que unas gotas de sudor perlaban su frente. Ahora sus dedos se movían solos. Ahora habían entrado en contacto de nuevo con su gran amigo, el revólver, y sólo ansiaban apretar el gatillo, matar.

Debía quedar un solo adversario. Luke se pegó a la pared, conteniendo la respiración, y aguardó. Toda la ciudad estaba envuelta en silencio, parecía muerta. El sol achicharraba los cadáveres.

Luke oyó el tintinear de las espuelas del cuarto pistolero. Era un ruido muy suave, que se deslizaba por el lado de la esquina donde estaba apostado él. Luego silencio, nada. Su enemigo debía estar acechando, conteniendo la respiración también. Les separaban tan sólo unos pasos, pero no podían verse. Luke levantó un poco el revólver. Sus dedos, impacientes, se crispaban…

El pistolero asomó de repente. Sus ojos reflejaron un horror inmenso al ver a Luke Nova allí, con el revólver a punto. Y ese mismo horror fue la expresión que se llevó al otro mundo. Luke disparó una sola vez, recta a la cabeza, y su enemigo cayó hacia atrás sin exhalar un gemido.

Ya no quedaban más pistoleros en Abilene, al menos de los que obedecían a Flanagan. Luke recargó los revólveres con calma. Notó a su alrededor los ruidos delatores de que la ciudad comenzaba a animarse, a vibrar de nuevo. El primer personaje que llegó junto a

él, jadeante y sudoroso, fue el encargado de pompas fúnebres.

—¿Ya están los clientes, señor? —preguntó con un humor sarcástico.

—Sí; cuatro. Pero falta el último. Escucha…

Y le dio unas instrucciones en voz baja.

* * *

Flanagan disparó contra la puerta. Sabía cómo hacer saltar una cerradura, y ésta no era de las más sólidas. Tres balas bastaron para inutilizarla. Luego empujó la puerta, con todas sus fuerzas, y los muebles que Lorena había colocado cedieron también.

Tras grandes esfuerzos entró.

Vio a la muchacha al fondo del local, pálida, temblorosa. La sangre de Flanagan comenzó a hervir en las venas.

—Ven, muchacha…

Ella no se movió. Le desafió con los ojos, le contempló con la mezcla de desprecio y repulsión con que se mira a un insecto venenoso. Flanagan no pudo resistir la fuerza taladrante de aquella mirada. Levantó la culata y la dejó caer dos veces sobre la cabeza de Lorena.

—Vendrás a Abilene conmigo —silbó—. Tengo preparado para ti un hermoso espectáculo…

Había oído los disparos en la lejanía, y no dudaba de que Luke Nova estaría ya muerto.

Levantó a Lorena en sus potentes brazos, la sacó de allí y la cargó como un fardo a la grupa de su caballo. Luego montó él y emprendió el regreso a Abilene.

Desde lejos se dio cuenta de que la ciudad estaba quieta, muerta. Señal inequívoca de que sus pistoleros dominaban la situación, porque de haber vencido Luke, la reacción popular hubiera sido muy distinta.

Lorena despertó al entrar en la ciudad. Trató de revolverse, pero Flanagan la dominó de un seco golpe con la bota. A partir de aquel momento la muchacha dejó de moverse.

—¡Loverett! —llamó Flanagan—. ¡Loverett…!

Loverett era su pistolero de máxima confianza. No respondió a su llamada. Pero a pesar de no oírle, Flanagan «le vio».

Loverett estaba tras un escaparate, bien peinado y colocado ya

en su ataúd, siguiendo la macabra costumbre publicitaria que tenían las empresas de pompas fúnebres en las viejas ciudades del Oeste.

Flanagan desmontó, tirando de los cabellos a Lorena para que ésta cayese. Estaba pálido como un muerto. Sus manos temblaban. Dirigió la, mirada hacia los otros escaparates, y en ellos vio, bien colocados, otros tres ataúdes, cada uno de los cuales contenía uno de sus pistoleros.

Los nervios de Flanagan saltaron. La evidencia brutal de que estaba solo en Abilene penetró en su cerebro como un mazazo. Miró hacia su caballo, con la idea loca de huir.

Pero en aquel momento surgió Luke Nova.

Había aparecido tras un porche, caminando tranquilamente. El tintineo de sus espuelas rompía el silencio bochornoso de la calle. Flanagan vio brillar en las fundas sus dos revólveres nuevos, con cachas de plata.

—¡Tú! —gritó.

—Voy a darte una oportunidad, Flanagan —dijo calmosamente Luke—. Trata de aprovecharla porque será la última. ¿A qué distancia prefieres el desafío?

Flanagan sonrió torcidamente. Brillaron sus ojos verdes al pensar que, al fin y al cabo, quien se le enfrentaba era un hombre solo. Lorena, a sus espaldas, gritó:

—¡Cuidado, Luke!

Había un temblor de angustia en la voz de la mujer. Luke Nova pareció no oírla siquiera.

—Ésta es buena distancia —silbó Flanagan.

—¡Está bien! «Saca».

Un verdadero alarido se elevó de entre las casas. Los espectadores que estaban agazapados tras las ventanas no pudieron contenerse al ver la rapidez diabólica con que se movían los dos hombres. Luke saltó hacia un costado, mientras disparaba. La bala de Flanagan, un prodigio de rapidez, le rozó. La suya alcanzó al pistolero. Flanagan apretó los dientes y trató de disparar otra vez, con una mueca de desesperación, pero una segunda bala le hizo soltar las armas. Dos más fueron a su encuentro, antes de que cayera. Y una última, por fin, al centro de la cabeza, le ahorró sufrimientos para siempre.

Flanagan hundió la cabeza en el polvo. Se revolvió unos instantes aún, para quedar al fin quieto.

Por unos instantes reinó sobre Abilene un siniestro silencio.

Sólo se oyeron otra vez los graznidos de los pájaros salvajes que volaban hacia la pradera.

Y luego el grito de Lorena.

Grito de alegría, de pasión, de liberación al fin. Un grito donde se contenían todas las ansias de su vida.

Los hombres empezaron a salir cuando Luke recogía a la mujer en sus brazos. Hombres de rostros excitados, sudorosos, asombrados aún.

Todos formaron un círculo alrededor de los dos jóvenes, que sin mirarse se abrazaron en silencio.

Y entonces fue cuando sonó aquella voz. La del anciano que una noche ofreciera a Luke Nova el cargo de *sheriff*:

—Y ahora, amigo…, ¿qué tal caería esa estrella?

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.